

Lenin

sobre la emancipación de la mujer

Índice

N. Krupskaya: Prologo.....	3
El capitalismo y el trabajo de la mujer.....	12
La clase obrera y el neomaltusianismo	14
Discurso pronunciado en el I Congreso de Obreras de Toda Rusia.....	17
Las tareas del movimiento obrero femenino en la republica soviética.....	20
El poder soviético y la posición de la mujer	26
A las obreras	30
Con motivo del día internacional de la obrera	31
Clara Zetkin: Recuerdos sobre Lenin	33

Los artículos en este folleto son del libro *Lenin: La emancipación de la mujer*, pero algunos de los artículos cortos y extractos han sido omitidos. Además, los artículos de Lenin son tomados directamente de la edición de sus *Obras Completas* publicada por Editorial Progreso, Moscú, 1981-1988.

9 || 781312 || 058019 ||

Prologo

N. Krupskaya
30. XI. 1933.

A lo largo de su actuación revolucionaria, Lenin escribió y habló mucho en sus discursos sobre la emancipación de la mujer trabajadora, de la obrera y la campesina. Naturalmente, la causa de la emancipación de la mujer está ligada de manera indisoluble con toda la lucha por la causa obrera, con toda la lucha por el socialismo. Conocemos a Lenin como guía de las masas trabajadoras, como organizador del partido, como organizador del Poder soviético, lo conocemos como combatiente y como constructor. Cada obrera y cada koljosiana, deben conocer toda la labor de Lenin, toda su actividad en su conjunto, y no sólo lo que Lenin dijo sobre la situación *de* las trabajadoras y sobre su emancipación. Pero precisamente porque existe la vinculación más íntima entre toda la lucha de la clase obrera y el mejoramiento de la situación de la mujer. Vladimir Ilich se detuvo con frecuencia en sus discursos y artículos a examinar esta última cuestión —en sus trabajos hay más de cuarenta lugares en que emite su juicio sobre este problema—, y cada una de sus opiniones guarda la más estrecha relación con lo que inquietaba y preocupaba a Vladimir Ilich en cada momento.

Desde el comienzo mismo de su actividad revolucionaria. Lenin dedicó singular atención a la situación de las obreras y de las campesinas y a la incorporación de la mujer al movimiento obrero. Como se sabe, Vladimir Ilich inició su actividad práctica de revolucionario en Piter (Petersburgo, hoy Leningrado), donde organizó un grupo de socialdemócratas que realizó una gran labor entre los obreros petersburgueses, lanzando octavillas ilegales que eran distribuidas por fábricas y talleres. Las octavillas iban dirigidas por lo general a los obreros. En aquellos tiempos, las masas obreras eran todavía poco conscientes, pero la capa más atrasada de la clase obrera estaba constituida por obreras, a las que los fabricantes pagaban el salario más mísero y cuyos derechos eran pisoteados del modo más brutal. De aquí que, por lo común, las octavillas fuesen dirigidas sólo a los obreros (son una excepción dos octavillas a las cigarrerías de la fábrica Lafera). Vladimir Ilich redactó una octavilla para los obreros de la fábrica de puños de Thornton (esto fue en 1895), y aunque las obreras de Thornton figuraban entre las más

atrasadas, Vladimir Ilich tituló la octavilla *A los obreros y las obreras de la fábrica Thornton*. Una pequeñez, pero muy significativa.

Encontrándose en la deportación. Vladimir Ilich mantuvo correspondencia en 1899 con la organización del Partido (el I Congreso del partido se había celebrado en 1898) sobre los temas en torno a los cuales te proponía escribir en la prensa ilegal. Entre los temas citaba un folleto con el título *La mujer y la causa obrera*. En este folleto, Lenin quería describir la situación de las obreras y de las campesinas y señalar que la única salida para ellas era tomar parte en el movimiento revolucionario. Sólo la victoria de la clase obrera podía emancipar a las obreras y a las campesinas.

Al destacar en 1901 la participación de las obreras en la defensa de la fábrica de Obújov¹ y las palabras pronunciadas ante el tribunal por la joven obrera Yákovleva. Ilich escribía: "El recuerdo de los heroicos camaradas asesinados y torturados en las carretes decuplicará los energías de los nuevos luchadores y atraerá a miles de auxiliares que acudirán en su ayuda y que, como la joven dieciocho años María Yákovleva, dirán abiertamente: "¡Estamos con nuestros hermanos! El gobierno, además de las medidas represivos de carácter policiaco y militar contra los manifestantes, tiene el propósito de juzgarlos como insurrectos: "a esto responderemos uniendo todas las fuerzas revolucionarias, atrayendo a nuestro lado a todos los oprimidos por la arbitrariedad zarista y preparando de manera sistemática la insurrección de todo el pueblo"².

Vladimir Ilich estudio atentamente la vida y el trabajo de las obreras, las campesinas y las *kustares*³.

Estando recluido en la cárcel, a base de los informes y los datos estadísticos oficiales, estudió la situación de las campesinas, la influencia que ejercían sobre ellos los oficios artesanos, el proceso de incorporación de los campesinos a la industria fabril y el influjo de la fábrica sobre su nivel cultural y su género de vida. Y al mismo tiempo analizó todas estas cuestiones en lo que se refería al trabajo de la mujer. Indicaba cómo la citología del campesinado derivada del espíritu de propiedad privada hacia que la mujer ejecutase multitud de labores innecesarias y absurdas (cada campesina de una gran familia patriarcal tenía que fregar tan sólo la parte que le correspondía en la mesa común, preparar aparte la comida para su hijo de corta edad y ordenar aparte para él la leche).

En su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Lenin describe como explotaban los ganaderos el trabajo de la campesina,

describe como explotaban las mayoristas el trabajo de las artesanas encajeras, describe cómo emancipaba a la mujer la gran industria, cómo bajo la influencia del trabajo en la fábrica se ampliaban los horizontes de la obrera, cómo se iba transformando ésta en una persona más instruida y más independiente y cómo se iba liberando de las trabas de la familia patriarcal. A juicio de Lenin, el desarrollo de la gran industria crearla la base para la plena emancipación de la mujer. En este sentido es característico el artículo de Vladimir Ilich *Una gran victoria de la técnica*, escrito en 1913.

Los obreros deben luchar en los países burgueses para conseguir que la mujer tenga los mismos derechos que el hombre.

En el destierro, Lenin meditó el programa del partido. Entonces el partido carecía aún de programa. Había un esbozo de programa, redactado por el grupo Emancipación del Trabajo⁴. Examinando este programa en el artículo *Proyecto de Programa de nuestro partido*, Vladimir Ilich escribía que al punto 9 de la parte práctica del programa, que exigía "la revisión de toda nuestra legislación civil y penal y la abolición de las subdivisiones de los estamentos, así como de los castigos, incompatibles con la dignidad humana", había que añadir: "*establecimiento de la plena igualdad de derechos del hombre y de la mujer*" (subrayado por mí. – N.K.).

Cuando en 1903 fue aprobado el programa del partido, se incluyó el punto correspondiente.

En 1907, al informar acerca del Congreso Internacional de Stuttgart, Vladimir Ilich señalaba con satisfacción que había sido condenada la práctica oportunista de los socialdemócratas austriacos, los cuales comenzaron la lucha en pro de la concesión del derecho al sufragio a los hombres, pero relegaron "para más tarde" la lucha por el voto femenino.

Como se sabe, el Poder soviético ha concedido a la mujer los mismos derechos que al hombre.

"En Rusia no existe nada tan vil, infame y canallesco como la falta de derechos o la desigualdad jurídica de la mujer, supervivencia indignante de la servidumbre y de la Edad Media, que la burguesía egoísta... retoca en todos los países de! globo sin excepción alguna⁵, decía Vladimir Ilich en el cuarto aniversario de la Revolución de Octubre.

Al examinar en 1913 las formas de la democracia burguesa y poner en evidencia la hipocresía de la burguesía, Lenin se detuvo en el problema de la prostitución, mostrando cómo, al mismo tiempo

que estimulo el comercio con el cuerpo de la mujer y viola en las colonias a las muchachas adolescentes indefensas, la burguesía hace ver hipócritamente que combate la prostitución.

En diciembre de 1919, Vladimir Ilich vuelve a tratar este tema, señalando cómo la Norteamérica "libre y civilizada" organiza en los países vencidos la trata de bienes para las casas de tolerancia⁶,

En estrecha relación con este problema, Vladimir Ilich examina también el de la natalidad y recuerda con indignación las exhortaciones hechas por ciertos intelectuales a los obreros en el sentido de que renuncien a tener hijos, supuestamente condenados a la miseria y a toda clase de calamidades. Este es un punto de vista pequeño-burgués. Los obreros miran las cosas de otro modo, Los hijos son nuestro futuro. Y en cuanto a la miseria y demás, es cosa reparable, luchamos contra el capitalismo, obtenida la victoria, crearemos un porvenir luminoso para nuestros hijos. .

Y, por última, cuando en 1916-1917, previniendo la proximidad de la revolución socialista y reflexionando acerca de lo que había de ser en esencia la edificación del socialismo y de cómo se debería atraer a las masas a esta edificación, Vladimir Ilich dedica especial atención a la tarea de incorporar a la mujer trabajadora a la actividad pública, escribe sobre la necesidad de hacer participar a todas las mujeres en las labores sociales. Trata de ello en ocho artículos escritos en aquella misma época. Esta cuestión va inseparablemente unida en estas artículos a la que se refiere a la necesidad de organizar de una manera nueva bajo el socialismo toda la vida social. Íntimamente vinculada con esto, Vladimir Ilich plantea la cuestión de promover a las capas femeninas más atrasadas a la administración del Estado, la necesidad de reeducar a las masas en el proceso mismo del trabajo social.

El trabajo social es una escuela de gobierno. "Nosotros no somos utopistas –escribía Lenin en vísperas de la Revolución de Octubre–. Sabemos que cualquier peón y cualquier cocinera son incapaces de asumir ahora mismo la gobernación del Estado. En eso estamos de acuerdo con los democonstitucionalistas⁷, con Breshkóvskaya y con Tsereteli. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos en que exigimos romper sin demora con el prejuicio de que solo los ricos o funcionarias procedentes de familias ricas pueden gobernar el Estado, efectuar el trabajo cotidiano de administración. Nosotros exigimos que el aprendizaje de la administración del Estado corra a cargo de obreros y soldados conscientes y que em-

prenda sin demora, es decir, que *se empiece* inmediatamente a hacer participar en este aprendizaje a todos los trabajadores, a toda población pobre”⁸.

Sabemos que el Poder soviético ha hecho todo lo posible para atraer a la administración pública a las campesinas, las koljosianas y las obreras. Conocemos las grandes realizaciones con que contamos en este frente,

Vladimir Ilich saluda calurosamente el despertar de la mujer en el Oriente. Lenin atribuía especial significado al progreso de las nacionalidades oprimidas por el zarismo y el capitalismo. Y se comprende por qué fue tan ferviente su saludo a la Conferencia de representantes de las secciones femeninas de los pueblos de Oriente, organizadas en las regiones y repúblicas soviéticas.

Al hablar de los resultados del II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin señala que "el congreso ha fortalecido la ligazón con el movimiento comunista femenino, gracias a la Conferencia internacional de obreras, convocada simultáneamente"⁹.

En octubre de 1932 conmemoramos el XV aniversario del Poder soviético e hicimos el balance de nuestras realizaciones en todos los frentes, incluido el de la emancipación de la mujer.

Las mujeres –nosotros lo sabemos– tomaron la parte más activa en la guerra civil, muchas de ellas sucumbieron en los combates, otras muchas se templaron en estos combates. Por la activa participación en la lucha por los Soviets en los frentes de la guerra civil, buen número de mujeres han sido condecoradas con la Orden de la Bandera Roja. No pocas ex guerrilleras ocupan hoy puestos prominentes. Las mujeres se han esforzado mucho para aprender o cumplir la labor social.

Una escuela de trabajo social son las asambleas de delegadas¹⁰, En quince años, cerca de diez millones de mujeres han tomado parte en las actividades de estas asambleas.

Al conmemorarse el XV aniversario de la Revolución de Octubre, del 20 al 25% de los componentes de los Soviets rurales, comités ejecutivos de distrito y Soviets urbanos eran mujeres; 186 mujeres eran miembros del Comité Ejecutivo Central de la RSFSR y del Comité Ejecutivo Central de la URSS. Esta labor las hace desarrollarse en gran manera.

Crece también el número de mujeres comunistas: en 1922 –en vida de Lenin– sólo había 40.000 mujeres comunistas y en octubre de 1932 ya sumaban más de medio millón.

En los últimos años hemos dado un paso singularmente grande en el cumplimiento del legado de Lenin sobre la plena emancipación de la mujer.

Asistimos en estos últimos años a un enorme desarrollo de la gran industria, a su reestructuración sobre la base de la técnica moderna y de la organización científica del trabajo. La emulación socialista y el trabajo de choque, que han alcanzado extraordinaria amplitud, dan origen a una actitud nueva, comunista, ante el trabajo. Y es preciso decir que las obreras manifiestan en este sentido no menos entusiasmo que los hombres. Aparecen cada día nuevas trabajadoras de choque, mujeres de inmensa firmeza y tenacidad en el trabajo. La mujer está acostumbrada a trabajar: en la vieja sociedad, la mujer trabajaba incesantemente, sin descanso, pero su trabajo era mirado con desprecio y llevaba impreso el sello de la esclavitud; ahora, el temple y la tenacidad en el trabajo elevan a la mujer a las primeras filas de los constructores del socialismo, a las filas de los héroes del trabajo.

Para la emancipación de la mujer ha tenido singular importancia la colectivización de la agricultura. Desde el comienzo mismo de su actividad, Lenin veía en la colectivización la vía de la reestructuración de la agricultura sobre bases socialistas. Ya en 1894, en el libro *Quiénes son los "amigos del pueblo"* Lenin cita las palabras de Marx acerca de que después de la "expropiación de los expropiadores", es decir, cuando se haya arrebataado la tierra a los terratenientes y las fábricas a los capitalistas. Llegará la hora de la cooperación (agrupación – *N.K.*) de los trabajadores libres, la hora de su posesión comunal ("colectiva", aclara Lenin) de la tierra y de los medios de producción por ellos producidos.

Después de la Revolución de Octubre, que dio comienzo a la total "expropiación de los expropiadores", el Poder soviético planteó el problema de organizar arteles y comunas agrícolas. A esto se dedicó particular atención en los años 1918 y 1919, pero, como lo había previsto Lenin, hicieron falta años y años para que la colectivización fuese un fenómeno de masa y echase hondos raíces. Los años de la guerra civil, cuando la lucha de clases abarcó al campo, el desarrollo del Poder soviético en las aldeas, los años de ayuda del Poder soviético al campo y la ayuda cultural a las zonas rurales, todo ello hizo posible la colectivización, que crece y se vigoriza en la lucha contra los kulaks¹¹.

La economía agrícola pequeña y media mantenía a la mujer

campesina en terrible sujeción. La ataba fuertemente a la hacienda individual, estrechaba su horizonte, la convertía en esclava del marido, que la tundía a golpes. La pequeña economía campesina creaba la base para la religión: "Cada uno por sí y Dios por todos". Lenin recordó repetidas veces este lema, que caracteriza a la perfección la psicología del pequeño propietario. La colectivización hace que el campesino se convierta de pequeño propietario en colectivista, corta las raíces del aislamiento en que vivían los campesinos, corta las raíces de la religión y emancipa a la mujer. Lo que decía Lenin –que sólo el socialismo emancipa a la mujer– se está cumpliendo. Hoy vemos cómo ha cambiado la situación de la mujer en los koljoses.

El Congreso de koljosianos de choque, celebrado a mediados de febrero, ha mostrado elocuentemente los progresos del cultivo colectivo de la tierra. Ahora no contamos con 6.000 koljoses, sino con 200.000. En el congreso se trató de cómo mejor organizar todo el trabajo en los koljoses. Gran número de koljosianas tomó parte en el congreso. Participando en la construcción de los koljoses, las campesinas crecen, aprenden a administrar, a luchar con todas sus fuerzas contra los kulaks, contra el enemigo de clase...

Decae la religión. Ahora la koljosiana, cuando llega a la biblioteca, dice "¿Por qué me das un libro en el que sólo se dice que no hay Dios? Eso ya lo sé yo. Dame un libro en el que se diga cómo y por qué nació la religión y cómo y por qué ha de desaparecer". En los últimos años vemos un crecimiento colosal del grado de conciencia de las masas. Las secciones políticas adjuntas a las estaciones de máquinas y tractores¹² (de dichas secciones forman parte también las organizadoras del trabajo entre las mujeres) no sólo contribuirán a fortalecer los koljoses en el sentido económico, sino que ayudarán a las amplias masas de koljosianos y koljosianas a desprenderse de los restos de las viejas concepciones, de los restos de la incultura; quedará relegado para siempre en el pasado la falta de derechos a que vivía condenada la mujer.

Han pasado diez años desde la muerte de Lenin. En este luctuoso aniversario comprobaremos en todos los aspectos cómo hemos cumplido los legados de Lenin. Haremos el balance. En lo que atañe a la emancipación de la mujer bajo la dirección del Partido, el legado de Lenin se cumple. Seguiremos adelante por este camino.

Notas

1. *Defensa de la fábrica de Obújov*; heroica lucha que los obreros de la fábrica de Obújov, en Petersburgo sostuvieron contra la policía y las tropas el 7 de mayo de 1901. Fue motivada por la protesta de los obreros, que se declararon en huelga contra el despido de 26 participantes en la reunión clandestina de Primero de Mayo. El 7 de mayo, después de que la dirección de la fábrica se negó a satisfacer las exigencias de los obreros de readmisión de los despedidos, 5000 obreros abandonaron el trabajo. Las principales reivindicaciones presentadas por los obreros fueron: implantación de la jornada de trabajo de 8 horas, reconocimiento de Primero de Mayo como día feriado, readmisión de los despedidos por haber asistido a la reunión clandestina de Primero de Mayo, aumento de salarios, etc. La policía y las tropas, que trataron de dispersar a los obreros, fueron recibidas por estas a pedradas. Sólo después de haber recibido considerables refuerzos, la policía y las tropas pudieron romper la encarnizada resistencia de los obreros.

Entre los obreros hubo muertos y heridos; 800 fueron detenidos y 20 de ellos enviados a presidio. La sangrienta represión de la policía provocó huelgas de protesta en diversas empresas de Petersburgo.

La defensa de los obreros en la fábrica de Obújov dio comienzo a la lucha política abierta de la clase obrera.

2. V. I. Lenin. *Unas ordenanzas y una asistencia de trabajos forzados*.

3. *Kustares*: pequeños productores de artículos industriales que trabajan para el mercado; en esto consiste la diferencia entre los kustares y los artesanos que trabajaban por el encargo de los consumidores.

4. *Grupo Emancipación del Trabajo*: primera organización marxista rusa, fundada en 1883 en Ginebra por Plejánov. El grupo Emancipación del Trabajo realiza una gran labor de difusión del marxismo en Rusia; existió hasta 1903.

5. V. I. Lenin. *Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre*.

6. V. I. Lenin. *Informe al II Congreso de toda Rusia de las organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente*.

7. *Democonstitucionalistas*: miembros del partido demócrata constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal-

monárquica de Rusia. Fundado en octubre de 1905 con elementos de la burguesía, terratenientes e intelectuales burgueses.

8. V.I. Lenin. *¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?*

9. V.I. Lenin. *II Congreso de la Internacional Comunista.*

10. V.I. Lenin. *Asamblea de delegadas* se organizaron en las fábricas, localidades rurales y pobladas obreros. Tomaban parte en las elecciones a dichas asambleas las más amplias capas de obreras y campesinas. Las delegadas elegidas a las asambleas eran adscritas a diferentes organismos de los Soviets, de las cooperativas y de los sindicatos (secciones de los Soviets, diferentes comisiones) para organizar y controlar la labor de las escuelas y establecimientos sanitarios, casas-cuna y campos de juegos infantiles, comedores, tiendas, etc.

Las asambleas funcionaban bajo la dirección de las correspondientes organizaciones de base del partido, que designaban organizadoras femeninas para el trabajo entre las mujeres y para dirigir las mencionadas asambleas.

Gran número de mujeres promovidas más tarde a puestos de dirección en el partido, en los Soviets y en la economía, desarrollaron previamente sus actividades en las asambleas de delegadas.

11. *Kulaks*: “Campesinos ricos que explotan trabajo ajeno, bien contrariando obreros, bien prestando dinero con intereses usurarios, etc.” (Lenin).

12. El Programa del partido aprobado en el II Congreso del POSDR en 1903 fue elaborado por la Redacción del periódico leninista *Iskra* en 1901-1902.

El proyecto inicial fue redactado por Plejánov. Persuadido de que el proyecto inicial y los sucesivos proyectos de Plejánov eran inaceptables. Lenin escribió su propio proyecto en enero-febrero de 1902. La Redacción de *Iskra* designó una comisión conciliadora, encargada de confeccionar un proyecto único de Programa sobre la base de los de Lenin y Plejánov. El proyecto de Programa fue publicado en el número 21 de *Iskra*, el 1 de junio de 1902.

El capitalismo y el trabajo de la mujer

La actual sociedad capitalista oculta en sus entrañas una multitud de ejemplos de miseria y de opresión que no salta de golpe a la vista. Las familias deshechas de la gente de las ciudades, de artesanos, de obreros, de empleados, de pequeños funcionarios, sufren dificultades indecibles, y en los mejores tiempos apenas si logran ganarse el sustento. Millones de mujeres de tales familias viven (o mejor dicho padecen) una existencia de “esclavas domésticas” que procuran alimentar y vestir a su familia con unos pocos centavos, al precio de cotidianos esfuerzos desesperados y “economizando” en todo... salvo en su trabajo.

Entre esas mujeres el capital emplea con gusto sus obreras a domicilio, prontas a “realizar un trabajo complementario” por un salario miserable, a fin de ganar un pedazo de pan para ellas y su familia. También entre esas mujeres los capitalistas de todos los países encuentran (como los propietarios de esclavos de la antigüedad y los señores feudales de la Edad Media) tantas concubinas como quieran al precio más “accesible”. Y ninguna “indignación moral” (hipócrita en el noventa y nueve por ciento de los casos) contra la prostitución podrá nada contra ese comercio del cuerpo femenino: mientras exista la esclavitud asalariada, la prostitución es inevitable. Todas las clases oprimidas y explotadas de la historia de las sociedades humanas se han visto obligadas (y en ello consiste su explotación) a entregar a sus opresores, primero su trabajo no pagado y luego sus mujeres, de las cuales los “señores” hacían sus amantes.

En ese sentido la esclavitud, la servidumbre y el capitalismo son idénticos. Sólo se modifica la forma de la explotación; pero la explotación continúa.

En París, “capital del mundo”, centro de la civilización, acaba de inaugurarse una exposición de los trabajos de las “obreras explotadas a domicilio”.

Cada objeto expuesto tiene una etiqueta que indica' lo que la obrera a domicilio recibe por su fabricación y cuánto puede ganar de tal modo por día y por hora.

¿Y esto que muestra? Una obrera a domicilio no puede ganar más de 1,25 francos (es decir, 50 kopeks), sea cual fuera el artículo. La inmensa mayoría de los trabajos procura un ingreso infinitamente más bajo. Por ejemplo las pantallas de lámparas. El salario es de 4 kopeks la docena. O las bolsas de papel: 15 kopeks el millar, o

sea, seis kopeks por hora. O juguetes pequeños, con cintas, etc.: 2% kopeks por hora. O las flores artificiales: de dos a tres kopeks por hora. O la ropa interior de caballero y de dama: dos a seis kopeks por hora. Etcétera.

Sería útil que nuestras sociedades obreras y nuestros sindicatos organizaran una “exposición” similar. No rendiría los enormes beneficios que obtienen las exposiciones burguesas. Pero una exposición que mostrase los sufrimientos y la miseria de las mujeres proletarias prestaría otros servicios: ayudaría a las obreras y esclavas asalariadas a comprender su situación, a echar una mirada sobre su “vida”, a reflexionar sobre la forma de liberarse del yugo eterno de la necesidad, de la miseria, de la prostitución y de todos los demás ultrajes infligidos a los que nada poseen.

Escrito el 27 de abril (10 de mayo) de 1913.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.

Publicado el 5 de mayo de 1913, en Pravda, núm. 102

Obras Completas, tomo 19, pág. 278-279

La clase obrera y el neomaltusianismo

En el Congreso de Médicos Pirogov¹ despertó gran interés y promovió numerosos debates la cuestión del aborto. El informante Lichkus citó cifras sobre la extraordinaria difusión de la práctica de destruir el feto en los llamados Estados civilizados modernos.

En Nueva York hubo en un año 80.000 abortos, en Francia se registran mensualmente 36.000. En Petersburgo, el porcentaje de abortos aumentó, en cinco años, en más del doble.

El Congreso de Médicos Pirogov adoptó una resolución en la que se dice que en ningún caso debe someterse a la madre a proceso criminal por realizar un aborto artificial, y que los médicos sólo deben ser procesados si la operación se efectúa con “fines de lucro”.

En los debates, al pronunciarse la mayoría porque no se condene el aborto, se trató, como es natural, el problema del llamado neomaltusianismo² (uso de anticonceptivos), refiriéndose además al aspecto social del asunto. Por ejemplo, el señor Vigdorichik, según la información del periódico Rúsскоie Slovo, afirmó que “es preciso saludar las medidas anticonceptivas”, y el señor Astraján exclamó, en medio de atronadores aplausos:

¡Debemos persuadir a las madres de que deben parir hijos para que luego sean estropeados en los centros de enseñanza, para que sean sorteados para servir en el ejército, y para que sean arrastrados al suicidio!

Si es cierta la información de que esta exclamación del señor Astraján fue recibida con atronadores aplausos, es un hecho que no me extraña. El auditorio estaba integrado por burgueses, medios y pequeños, que tienen la psicología del filisteo. ¿Qué se puede esperar de ellos, sino el más vulgar liberalismo?

Pero desde el punto de vista de la clase obrera, difícilmente se podrá encontrar una expresión más patente del carácter completamente reaccionario y la total indigencia del “neomaltusianismo social”, que las mencionadas palabras del señor Astraján.

¹ Se alude al *XII Congreso de médicos Pirogov*, que sesionó en Petersburgo del 29 de mayo (11 de junio) al 5 (18) de junio de 1913 y en el que participaron 1.500 personas. (*Ed.*)

² Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. V, nota 30. (**Ed.**)

...“Parir hijos para que luego sean estropeados”... ¿Sólo para eso? ¿Por qué no para que *luchen mejor*, de modo más unido, consciente y resuelto que nosotros contra las actuales condiciones de vida, que estropean y arruinan a nuestra generación?

En esto consiste la diferencia radical entre la psicología del campesino, del artesano, del intelectual, del pequeño burgués en general, y la del proletario. El pequeño burgués ve y siente que se dirige a la ruina, que la vida se hace cada vez más difícil, que la lucha por la existencia es cada vez más despiadada y que su situación y la de su familia resultan más desesperadas cada día. El hecho es indiscutible, y el pequeño burgués protesta contra él.

¿Pero *cómo* protesta?

Protesta como representante de una clase que muere sin esperanza y ha perdido toda esperanza en su futuro, de una clase aterrada y cobarde. Todo es inútil, si por lo menos hubiera menos niños que sufrieran nuestros tormentos y nuestros duros afanes, nuestra miseria y nuestra humillación: tal es el lamento del pequeño burgués.

El obrero con conciencia de clase está lejos de sustentar este punto de vista. No consentirá que oscurezcan su conciencia tales lamentos, por sinceros y sentidos que sean. Sí, nosotros, obreros, y la masa de pequeños propietarios llevamos una vida llena de insupportable opresión y sufrimiento. Para nuestra generación las cosas son más duras de lo que fueron para nuestros padres. Pero en un sentido somos más afortunados que ellos: *hemos comenzado a aprender y estamos aprendiendo con rapidez a luchar*, y a luchar, no individualmente, como lucharon los mejores de nuestros padres, no por las consignas de los charlatanes burgueses, ajenas a nosotros en espíritu, sino por nuestras consignas, las consignas de nuestra clase. Luchamos mejor que nuestros padres. Nuestros hijos lucharán mejor que nosotros y *vencerán*.

La clase obrera, no muere, crece, se fortalece, madura, se une, se educa y se temple en la lucha. Somos pesimistas en lo que se refiere al régimen de servidumbre, al capitalismo y a la pequeña producción, pero somos optimistas fervorosos en lo que se refiere al movimiento obrero y sus fines. Estamos ya sentando los cimientos del nuevo edificio, y nuestros hijos terminarán su construcción,

Por eso —y sólo por eso— somos enemigos incondicionales del neomaltusianismo, propio sólo de las parejas pequeño-burguesas insensibles y egoístas, que cuchichean despavoridas: Vivamos nosotros, Dios mediante, como podamos, y mejor será no tener hijos.

Por supuesto eso no nos impide, en modo alguno, exigir la abolición absoluta de todas las leyes contra el aborto o contra la difusión de literatura médica sobre medidas anticonceptivas, etc. Semerjantes leyes no muestran sino la hipocresía de las clases dominantes. Estas leyes no curan las úlceras del capitalismo; sólo las convierten en úlceras malignas, y particularmente perniciosas para las masas oprimidas. Una cosa es la libertad para la propaganda médica y la protección de los derechos democráticos elementales de los ciudadanos, hombres y mujeres, y otra cosa es la teoría social del neomaltusianismo. Los obreros con conciencia de clase mantendrán siempre la lucha más implacable contra los intentos de imponer esa reaccionaria y cobarde teoría a la clase más progresista y fuerte de la sociedad moderna, a la clase mejor preparada para los grandes cambios.

*Escrito el 6 (19) de
junio de 1913.*

*Publicado el 16 de junio de
1913, en Pravda, núm. 137.*

Firmado: V. I.

*Se publica de acuerdo con el
texto del periódico.*

Obras Completas, tomo 19, págs. 478-480

Discurso pronunciado en el I Congreso de Obreras de Toda Rusia 19 de noviembre de 1918¹

(Las delegadas acogen al camarada Lenin con prolongados aplausos que se transforman en ovación.) Camaradas: En cierto sentido, el Congreso de la parte femenina del ejército proletario reviste singular importancia, ya que en todos los países son las mujeres las que se suman con más dificultad al movimiento. No puede haber revolución socialista si la inmensa mayoría de las mujeres trabajadoras no toman gran parte en ella.

La situación de la mujer es tal en todos los países civilizados, incluso en los más adelantados, que no sin motivo se denomina a ésta esclava del hogar. En ningún Estado capitalista, ni siquiera en la república más libre, existe plena igualdad de derechos de la mujer.

La tarea de la República Soviética consiste, primero, en acabar con todas las restricciones de los derechos de la mujer. El Poder soviético ha suprimido por completo el proceso de divorcio, que en la sociedad burguesa es fuente de ignominias, de opresión y de humillaciones.

Pronto hará un año que existe una legislación plenamente libre sobre el divorcio. Hemos dictado un decreto que ha puesto fin a la diferencia en tire hijos legítimos y naturales y a toda una serie de trabas de orden político; en ninguna otra parte se han visto realizadas con tanta amplitud la igualdad y la libertad de la mujer trabajadora.

Sabemos que todo el peso de las normas anticuadas recae sobre las mujeres de la clase obrera.

Nuestra ley ha tachado por primera vez en la historia todo lo que convertía a la mujer en un ser privado de derechos. Mas no se trata de la ley. En nuestras ciudades y en las zonas fabriles, esta ley sobre la plena libertad de matrimonio arraiga bien, pero en el campo es muy frecuente que sea sólo papel mojado. Allí predomina hasta ahora el matrimonio eclesiástico, y se debe a la influencia de los clérigos; es más difícil combatir este mal que la vieja legislación.

Es preciso luchar contra los prejuicios religiosos con extraordinaria cautela; causan grave daño quienes en esta lucha hieren los sentimientos religiosos. Hay que luchar por medio de la propaganda, por medio de la ilustración. Enconando la lucha, podemos exasperar a la masa; una lucha así acentúa la división de las masas según su actitud ante la religión, cuando lo cierto es que nuestra fuerza

reside en la unión. La fuente más profunda de los prejuicios religiosos está en la miseria y la ignorancia; este es el mal que debemos combatir.

Hasta ahora, la situación de la mujer ha sido tal que se la ha calificado de esclavitud; la mujer está agobiada por los quehaceres de la casa, y de esta situación sólo puede sacarla el socialismo. Sólo cuando pasemos de las pequeñas haciendas a la economía colectiva y al laboreo en común de la tierra existirá la plena libertad y la emancipación de la mujer. Esta tarea es difícil, pero ahora, cuando se forman los comités de campesinos pobres, llega el momento en que se afianza la revolución socialista.

Sólo ahora se organiza la parte más pobre de la población en el campo, y el socialismo adquiere una base sólida en estas organizaciones de los campesinos pobres.

Antes ocurría con frecuencia que la ciudad emprendía el camino revolucionario, y después de ella actuaba el campo.

La presente revolución se apoya en el campo, y en esto consiste su significado y su fuerza. La experiencia de todos los movimientos liberadores confirma que el éxito de la revolución depende del grado en que participen en ella las mujeres. El Poder soviético hace cuanto puede para que la mujer desarrolle con independencia su actividad socialista proletaria.

La situación del Poder soviético es difícil por cuanto los imperialistas de todos los países odian a la Rusia Soviética y se disponen a hacerle la guerra por haber sido ella la que ha provocado el incendio de la revolución en toda una serie de países y ha dado pasos energicos hacia el socialismo.

Ahora, cuando los imperialistas quieren aplastar a la Rusia revolucionaria, ellos mismos ven que empieza a arder el terreno que pisan. Sabéis cómo crece el movimiento revolucionario en Alemania, en Dinamarca los obreros luchan contra el Gobierno. Se intensifica el movimiento revolucionario en Suiza y Holanda. En estos pequeños países, el movimiento revolucionario no tiene importancia por sí solo, pero es sintomático en especial porque en estos países no ha habido guerra y existía el régimen democrático más "constitucional". Si países así se ponen en movimiento, esto nos da la seguridad de que el movimiento revolucionario se extiende a todo el mundo.

Hasta ahora, ninguna república ha podido emancipar a la mujer. El Poder soviético la ayuda. Nuestra causa es invencible, porque en

todos los países se alza la invencible clase obrera. Este movimiento implica el ascenso de la invencible revolución socialista. (Prolongados aplausos. Se canta *La Internacional*.)

El 20 de noviembre de 1918 se publicó una reseña periodística en "Izvestia VTsIK", núm. 253 *Se publica según un ejemplar mecanografiado del acta taquígráfica cotejado con el texto del periódico*

Obras Completas, tomo 37, págs. 191-193

Nota

1. El *I Congreso de Obreras de toda Rusia* fue convocado por el CC del PC(b)R y tuvo lugar en la Casa de los Sindicatos de Moscú, del 16 al 21 de noviembre de 1918. Asistieron 1.147 delegadas de fábricas, empresas y de los campesinos pobres. Lenin pronunció un discurso el 19 de noviembre, cuarto día del Congreso. Después de su discurso el Congreso aprobó una resolución en la que se decía que las obreras y campesinas de la República Soviética no defraudarían las esperanzas que en ellas habían depositado el Gobierno soviético y el pueblo trabajador para la edificación de una vida nueva, la vida comunista.. El Congreso exhortó a las trabajadoras a defender el Poder soviético y adoptó decisiones concretas relacionadas con los problemas de organizar el trabajo entre las mujeres: la manera de aliviar su situación impulsando diferentes formas de servicios sociales, la incorporación de la mujer a la vida social, la educación de los niños, la protección del trabajo de los niños, etc.

El Congreso sentó la base de la organización de las obreras y campesinas y se pronunció por la creación de comisiones adjuntas a los comités del Partido para trabajar entre las mujeres cuya tarea básica era la educación política de las trabajadoras y su incorporación a la labor social activa.

Las tareas del movimiento obrero femenino en la republica soviética

Discurso en la IV Conferencia de Obreras
sin partido de la ciudad de Moscú
23 de septiembre de 1919

Camaradas: Yo saludo con gran alegría a la Conferencia de obreras. Me permito no referirme a los temas y a las cuestiones que, naturalmente, más inquietan hoy a cada obrera y a cada persona consciente de la masa trabajadora. Estas cuestiones más palpitantes son la relativa a los cereales y la de nuestra situación militar. Pero, como he visto por las reseñas de prensa de las reuniones de ustedes que estos problemas han sido expuestos aquí del modo más completo por el camarada Trotski en lo tocante al aspecto militar y por los camaradas Yákovleva y Sviderski en lo que se refiere a los cereales, permítanme que no toque estos puntos.

Yo quisiera decir unas palabras acerca de las tareas generales del movimiento obrero femenino en la República Soviética, tanto de las relacionadas con el paso al socialismo en general como de las que hoy se plantean en primer plano de manera singularmente imperiosa. Camaradas: La cuestión relativa a la situación de la mujer ha sido planteada por el Poder soviético desde el primer momento. Yo creo que la tarea de todo Estado obrero que pase al socialismo será de género doble. La primera parte de esta tarea es relativamente simple y fácil. Se refiere a las viejas leyes que colocaban a la mujer en situación de desigualdad con respecto al hombre.

Desde tiempos lejanos, los representantes de todos los movimientos liberadores en Europa Occidental, no durante decenios, sino durante siglos, propugnaron la abolición de estas leyes anticuadas y reivindicaron la igualdad jurídica de la mujer y del hombre, pero ningún Estado democrático europeo, ni siquiera las repúblicas más avanzadas, han conseguido realizar esto, porque donde existe el capitalismo, donde se mantiene la propiedad privada de la tierra y la propiedad privada de las fábricas, donde se mantiene el poder del capital, los hombres siguen gozando de privilegios. Si en Rusia se ha logrado esto, se debe exclusivamente ^a que desde el 25 de octubre de 1917 se instauró aquí el poder de los obreros. Desde el primer momento, el Poder soviético se planteó la tarea de actuar como poder de los trabajadores, enemigo de toda explotación. Se planteó

la tarea de suprimir la posibilidad de que los trabajadores fuesen explotados por los terratenientes y capitalistas y de destruir el dominio del capital. El Poder soviético aspiró a conseguir que los trabajadores organizaran su vida sin propiedad privada de la tierra, sin propiedad privada de las fábricas, sin esa propiedad privada que en todas partes, en todo el mundo, incluso con la plena libertad política, incluso en las repúblicas más democráticas, sumía de hecho a los trabajadores en la miseria y la esclavitud asalariada, y a la mujer en una doble esclavitud.

Desde los primeros meses de su existencia, el Poder soviético, como poder de los trabajadores, realizó el cambio más radical en la legislación referente a la mujer. En la República Soviética no ha quedado piedra sobre piedra de todas las leyes que colocaban a la mujer en una situación de dependencia. Me refiero precisamente a las leyes que utilizaban de modo especial la situación desventajosa de la mujer, haciéndola víctima de la desigualdad de derechos y a menudo hasta de humillaciones, es decir, a las leyes sobre el divorcio, sobre los hijos naturales y sobre el derecho de la mujer a demandar judicialmente del padre alimentos para el sostenimiento del hijo.

Hay que afirmar que es precisamente en esta esfera donde la legislación burguesa, incluso en los países más avanzados, se aprovecha de la situación desventajosa de la mujer, condenándola a la desigualdad de derechos y humillándola. Y justamente en esta esfera, el Poder soviético no ha dejado piedra sobre piedra de las viejas leyes, injustas, insoportables para las masas trabajadoras. Ahora podemos decir con todo orgullo, sin exageración alguna, que, exceptuando la Rusia Soviética, no existe ningún país del mundo donde la mujer goce de plena igualdad de derechos y no esté colocada en una situación humillante, particularmente sensible en la vida cotidiana, familiar. Esta fue una de nuestras primeras y más importantes tareas.

Si tienen ustedes ocasión de entrar en contacto con partidos hostiles a los bolcheviques, o llegan a sus manos periódicos editados en ruso en las regiones ocupadas por Kolchak o Denikin, o hablan con gente que se atiene al punto de vista de estos periódicos, podrán escuchar frecuentemente de sus labios la acusación de que el Poder soviético ha infringido la democracia.

A nosotros, representantes del Poder soviético, comunistas bolcheviques y partidarios del Poder soviético, se nos echa en cara constantemente que hemos violado la democracia, y como prueba

de esta acusación se aduce que el Poder soviético disolvió la Asamblea Constituyente. A estas acusaciones respondemos habitualmente así: no concedemos ningún valor a una democracia y a una Asamblea Constituyente que surgieron existiendo la propiedad privada sobre la tierra, cuando los hombres no eran iguales, cuando el que tenía capital propio era el amo, y los restantes, trabajando para él, eran sus esclavos asalariados. Esa democracia encubría la esclavitud incluso en los Estados más avanzados. Nosotros, como socialistas, somos partidarios de la democracia únicamente en tanto en cuanto mitiga la situación de los trabajadores y de los oprimidos. El socialismo se propone en todo el mundo la lucha contra toda explotación del hombre por el hombre. Para nosotros ofrece verdadero valor la democracia que sirve a los explotados, a los que sufren la desigualdad. Si al que no trabaja se le priva de derechos electorales, ésta es precisamente la verdadera igualdad entre los hombres. Quien no trabaje, que no coma.

En respuesta a esas acusaciones, decimos que es preciso comprobar cómo se practica en uno u otro Estado la democracia. En todas las repúblicas democráticas vemos que se proclama la igualdad, pero en las leyes civiles y en las leyes sobre los derechos de la mujer, en el sentido de su situación dentro de la familia y en el sentido del divorcio, vemos a cada paso la desigualdad y la humillación de la mujer, y decimos que esto es una violación de la democracia, y precisamente una violación de que son víctimas los oprimidos. El Poder soviético, en mayor medida que todos los demás países, incluidos los más avanzados, ha puesto en práctica la democracia al no haber dejado en sus leyes ni el menor rastro de desigualdad de derechos de la mujer. Lo repito, ningún Estado, ninguna legislación democrática ha hecho por la mujer ni la mitad de lo que ha hecho el Poder soviético en los primeros meses de su existencia.

Naturalmente, no bastan las leyes, y nosotros no nos conteníamos de ningún modo con decretos nada más. Pero en el terreno de la legislación hemos hecho todo lo que de nosotros se exigía para equiparar la situación de la mujer a la del hombre, y podemos con razón enorgullecernos de ello. Actualmente, la situación de la mujer en la Rusia Soviética, desde el punto de vista de los Estados más avanzados, es ideal. Pero afirmamos que, naturalmente, esto es sólo el comienzo.

Al tener que dedicarse a los quehaceres de la casa, la mujer aún vive coartada. Para la plena emancipación de la mujer y para su

igualdad efectiva con respecto al hombre, se requiere una economía colectiva y que la mujer participe en el trabajo productivo común. Entonces la mujer ocupará la misma situación que el hombre.

Como es lógico, no se trata de igualar a la mujer en cuanto a la productividad del trabajo, al volumen, a la duración y a las condiciones del mismo, etc., sino de que la mujer no se vea oprimida por su situación en el hogar diferente a la del hombre. Todas ustedes saben que aun con la plena igualdad de derechos, subsiste de hecho esta situación de ahogo en que vive la mujer, ya que sobre ella pesan todos los quehaceres del hogar que son, en la mayoría de los casos, los más improductivos, más bárbaros y más penosos de cuantos realiza la mujer. Este trabajo es extraordinariamente mezquino, no contiene nada que contribuya de algún modo al progreso de la mujer.

En aras del ideal socialista, nosotros queremos luchar por la plena realización del socialismo, y en este sentido se abre ante la mujer un vasto campo de actividad. Ahora nos preparamos seriamente para desbrozar el terreno con miras a la edificación socialista, pero la propia edificación de la sociedad socialista no comenzará sino cuando nosotros, una vez conseguida la plena igualdad de la mujer, emprendamos la nueva tarea junto con la mujer liberada de este trabajo menudo, embrutecedor e improductivo. A este respecto tenemos labor para muchos, muchos años.

Esta labor no puede dar rápidos resultados ni tiene nada de efectismo brillante.

Estamos creando instituciones, comedores y casas-cuna modelo, que liberen a la mujer del trabajo doméstico. Y es precisamente a la mujer a la que más incumbe la labor de organización de todas estas instituciones. Hay que reconocer que hoy existen en Rusia muy pocas instituciones de este tipo, que ayuden a la mujer a salir del estado de esclava del hogar. El número de estas instituciones es insignificante, y las condiciones por las que hoy atraviesa la República Soviética -las condiciones militares y las del abastecimiento, de las que han hablado aquí a ustedes con detalle los camaradas- nos estorban en esta labor. Pero hay que decir que estas instituciones, que liberan a la mujer de su estado de esclava doméstica, surgen en todas partes donde para ello existe la menor posibilidad.

Decimos que la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos, y de igual modo la emancipación de las obreras debe ser obra de las obreras mismas. Son ellas las que deben preocuparse de desarrollar esas instituciones, y esta actividad de la mu-

jer conducirá a un cambio completo de la situación en que vivía bajo la sociedad capitalista.

En la vieja sociedad capitalista, para ocuparse de política hacía falta una preparación especial, razón por la cual era insignificante la participación de la mujer en la vida política, incluso en los países capitalistas más avanzados y más libres. Nuestra tarea consiste en hacer que la política sea asequible para cada trabajadora. Desde el momento en que está abolida la propiedad privada de la tierra y de las fábricas y ha sido derrocado el poder de los terratenientes y los capitalistas, las tareas de la política para la masa' trabajadora y para las mujeres trabajadoras pasan a ser sencillas, claras y plenamente asequibles para todas. En la sociedad capitalista, la mujer está colocada en una situación tal de falta de derechos que su participación en la vida política es mínima en comparación con el hombre. Para que cambie esta situación, es preciso que exista el poder de los trabajadores, y entonces las tareas principales de la política se reducirán a todo lo que directamente atañe a la suerte de los propios trabajadores.

En este sentido es necesaria también la participación de las obreras, no sólo de las militantes del Partido, de las que son conscientes, sino de las sin partido y de las más inconscientes. En este sentido, el Poder soviético brinda a las obreras un vasto campo de actividad.

Hemos atravesado una situación muy difícil en la lucha contra las fuerzas hostiles a la Rusia Soviética, que sostienen la campaña contra ella. Nos ha sido difícil luchar en el terreno militar contra las fuerzas que están haciendo la guerra al poder de los trabajadores, y en la esfera del abastecimiento contra los especuladores, porque no es lo bastante grande el número de personas, el número de trabajadores que acuden plenamente en nuestra ayuda con su propio trabajo. En este sentido, el Poder soviético nada puede apreciar tanto como el concurso de las amplias masas de obreras sin partido. Ellas deben saber que en la vieja sociedad burguesa se requería, tal vez, para la actividad política una preparación compleja, inasequible para la mujer. Pero la República Soviética se propone como tarea principal de su actividad política la lucha contra los terratenientes y los capitalistas, la lucha por la supresión de la explotación, y de ahí que en la República Soviética se abra para las obreras el campo de la actividad política, que consistirá en que la mujer ayude al hombre con su capacidad organizadora.

No necesitamos solamente la labor de organización de millones

de personas. Necesitamos además la labor de organización en la más modesta escala, que permita también trabajar a las mujeres. La mujer puede trabajar asimismo en tiempo de guerra, cuando se trate de ayudar al ejército y de realizar propaganda dentro de él. En todo esto debe tomar parte activa la mujer para que el Ejército Rojo vea que hay preocupación y desvelo por él. La mujer puede ser útil igualmente en todo lo relacionado con el abastecimiento: distribución de los productos y mejora de la alimentación pública, desarrollo de los comedores que tan ampliamente han sido organizados ahora en Petrogrado.

Estas son las esferas en las que la actividad de las obreras adquiere verdadera importancia desde el punto de vista de la organización. La participación de la mujer es necesaria también en la creación de grandes haciendas experimentales y en el control de las mismas, para que esto no sea obra de unos pocos. Esta empresa es irrealizable si no participa en ella un gran número de trabajadoras. Las obreras pueden perfectamente intervenir en esta labor, además, controlando la distribución de los productos y procurando que sea más fácil adquirirlos. Esta tarea es plenamente proporcionada a las fuerzas de las obreras sin partido, y su realización contribuirá poderosamente al afianzamiento de la sociedad socialista.

Una vez abolida la propiedad privada de la tierra y suprimida casi por entero la propiedad privada de las fábricas, el Poder soviético tiende a que en esta edificación económica participen todos los trabajadores, no sólo los militantes del Partido, sino también los sin partido, y no sólo los hombres, sino también las mujeres. Esta obra iniciada por el Poder soviético puede progresar únicamente cuando en ella tomen parte, en toda Rusia, no cientos, sino millones y millones de mujeres. Entonces, estamos seguros de ello, se afianzará la obra de la construcción socialista.

Entonces los trabajadores demostrarán que pueden vivir y pueden administrar sin terratenientes ni capitalistas. Entonces será tan firme en Rusia la edificación socialista que no causará temor a la República Soviética ningún enemigo, exterior ni interior.

Pravda", núm. 213, 25 de septiembre de 1919

Se publica según el texto del folleto: V. I. Lenin. "Discurso en el Congreso de trabajadoras", Moscú, 1919, cotejado con el texto del periódico "Pravda"

Obras Completas, tomo 39, págs. 237-244

El poder soviético y la posición de la mujer

Con motivo del segundo aniversario del Poder soviético es oportuno hacer un balance de lo que se ha hecho durante estos años y meditar sobre la importancia y los objetivos de la revolución realizada.

La burguesía y sus partidarios nos acusan de haber infringido la democracia. Nosotros afirmamos que la revolución soviética ha dado un impulso sin precedentes al progreso de la democracia en extensión y en profundidad; de la democracia para las masas trabajadoras y oprimidas por el capitalismo, es decir, para la inmensa mayoría del pueblo, y, por tanto, de la democracia socialista (para los trabajadores), a diferencia de la democracia burguesa (para los explotadores, para los capitalistas, para los ricos).

¿Quién tiene razón?

Reflexionar seriamente en este problema y comprenderlo más a fondo significa hacer un balance de la experiencia de estos dos años y prepararnos mejor para llevarla adelante.

La posición de la mujer muestra de un modo particularmente concreto la diferencia entre la democracia burguesa y la democracia socialista, da una respuesta particularmente concreta al problema planteado.

En una república burguesa (es decir, donde existe la propiedad privada de la tierra, de las empresas industriales, las acciones, etc.), aunque sea la más democrática de las repúblicas, la mujer no tiene derechos completamente iguales a los de los hombres, en ningún lugar del mundo, en ninguno de los países más avanzados. Y ello, a pesar de que han transcurrido más de 125 años desde la Gran Revolución (democrática burguesa) Francesa.

La democracia burguesa promete de palabra la igualdad y la libertad. Pero en la práctica ni una sola república burguesa, ni la más avanzada, ha otorgado a la mujer (la mitad del género humano) plena igualdad de derechos con los hombres, ante la ley, ni ha liberado a la mujer de la tutela y el yugo de los hombres.

La democracia burguesa es la democracia de las frases pomposas, de las palabras solemnes, de las promesas enfáticas, de las consignas grandilocuentes sobre libertad e igualdad, pero en la práctica, todo esto oculta la falta de libertad y la desigualdad de la mujer, la falta de libertad y la desigualdad de los trabajadores y explotados.

La democracia soviética o socialista rechaza esas palabras pomposas pero falsas y declara una guerra implacable a la hipocresía de los "demócratas", de los terratenientes, capitalistas o campesinos hartos que hacen fortuna vendiendo a precios de especulación sus excedentes de cereales a los obreros hambrientos.

¡Abajo esas infames mentiras! No puede existir, no existe, ni existirá jamás "igualdad" entre oprimidos y opresores, entre explotados y explotadores. No puede existir, no existe, ni existirá jamás verdadera "libertad" mientras la mujer se halle trabada por los privilegios legales del hombre, mientras el obrero no se libere del yugo del capital, mientras los campesinos trabajadores no se liberen del yugo del capitalista, del terrateniente y del comerciante.

Que los mentirosos y los hipócritas, los estúpidos y los ciegos, los burgueses y sus adeptos, traten de embaucar al pueblo con discursos sobre la libertad en general, la igualdad en general y la democracia en general.

Nosotros decimos a los obreros y a los campesinos: ¡Arranquen la careta a esos mentirosos, abran los ojos de los ciegos! Pregúntenles

– ¿Igualdad de qué sexo, respeto al otro?

– ¿De qué nación, respecto a otra nación?

– *¿De qué clase, respecto a otra clase?*

– ¿Libertad de qué yugo o del yugo de qué clase? ¿Libertad para qué clase?

Aquel que hable de política, de democracia y libertad, de igualdad, de socialismo, sin *plantear* estas cuestiones, sin darles prioridad, que no luche contra las tentativas de ocultarlas, encubrirlas y velarlas, es el peor enemigo de los trabajadores, un lobo con piel de cordero, feroz adversario de los obreros y los campesinos, un lacayo de los terratenientes, de los zares y los capitalistas.

En dos años, el Poder soviético, en uno de los países más atrasados de Europa, ha hecho más por la emancipación de la mujer, por su igualdad con el sexo "fuerte", de lo que hicieron durante ciento treinta años todas las repúblicas "democráticas" adelantadas e ilustradas del mundo tomadas en conjunto.

Instrucción, cultura, civilización, libertad, todas estas palabras altisonantes van acompañadas en todas las repúblicas capitalistas, burguesas, del mundo por leyes increíblemente infantiles, repugnantemente sucias, bestialmente burdas, que consagran la desigualdad de la mujer en el matrimonio y en el divorcio, que establecen la desigualdad entre los hijos nacidos fuera del matrimonio y los "legíti-

mos", y que otorgan privilegios a los hombres y humillan y ofenden a la mujer.

El yugo del capital, la opresión de la "sagrada propiedad privada", el despotismo de la estupidez pequeñoburguesa, de la codicia del pequeño propietario, esto es lo que ha impedido a las repúblicas burguesas más democráticas abolir esas leyes infames y repugnantes.

La República Soviética, la república de los obreros y campesinos, barrió de un golpe esas leyes y no dejó ni una sola piedra del edificio de mentiras burguesas y de hipocresía burguesa.

¡Abajo esas mentiras! ¡Abajo los mentirosos que hablan de libertad e igualdad para todos mientras existe un sexo oprimido, mientras existen clases opresoras, mientras existe la propiedad privada del capital y las acciones, mientras existe gente saciada que utiliza sus excedentes de cereales para avasallar a los hambrientos! Nada de libertad para todos, nada de igualdad para todos, sino lucha contra los opresores y los explotadores, *eliminación de toda posibilidad* de oprimir y explotar. ¡Esa es nuestra consigna!

¡Libertad e igualdad para el sexo oprimido!

¡Libertad e igualdad para el obrero y para el campesino trabajador!

¡Lucha contra los opresores, lucha contra los capitalistas, lucha contra los kulaks especuladores!

Esa es nuestra consigna de combate, ésa es nuestra verdad proletaria, la verdad de la lucha contra el capital, la verdad que lanzamos a la cara del mundo del capital, con sus melosas, hipócritas y pomposas frases sobre libertad e igualdad *en general*, sobre libertad e igualdad *para todos*.

Y porque hemos puesto al descubierto esta hipocresía, porque con energía revolucionaria estamos realizando la libertad e igualdad para los oprimidos y los trabajadores, contra los opresores, contra los capitalistas, contra los kulaks, por ello precisamente es que los obreros del mundo entero aprecian tanto el Poder soviético.

Es por ello que, en el día del segundo aniversario del Poder soviético, está con nosotros, en todos los países del mundo, la simpatía de las masas obreras, la simpatía de los oprimidos y explotados.

Por ello, al celebrar el segundo aniversario del Poder soviético, y a pesar del hambre y el frío, a pesar de todas las penalidades causadas por la intervención imperialista en la República Soviética de Rusia, estamos firmemente convencidos de que nuestra causa es

justa, firmemente convencidos de que el Poder soviético ha de triunfar inevitablemente a escala mundial.

"Pravda", núm. 249, 6 de noviembre de 1919 *Se publica según el texto del periódico "Pravda"*

Firmado: N. Lenin.

Obras Completas, tomo 39 págs. 295-298

A las obreras

Camaradas: Las elecciones al Soviet de Moscú muestran el fortalecimiento del Partido Comunista entre la clase obrera.

Es preciso que las obreras tomen una parte más activa en las elecciones. El Poder soviético es el primero y el único en el mundo que ha abolido totalmente las viejas e infames leyes burguesas, que colocaban a la mujer en una situación de desigualdad con respecto al hombre y concedían a éste privilegios, por ejemplo, en el terreno del derecho matrimonial o en cuanto a los hijos. El Poder soviético es el primero y el único en el mundo que, como poder de los trabajadores, ha suprimido todas aquellas prerrogativas que, vinculadas con la propiedad, subsisten en el derecho familiar a favor del hombre en todas las repúblicas burguesas, hasta en las más democráticas. Donde hay terratenientes, capitalistas y comerciantes, no puede haber igualdad entre el hombre y la mujer ni siquiera ante la ley.

Donde no hay terratenientes, ni capitalistas, ni comerciantes, donde el poder de los trabajadores edifica la nueva vida sin estos explotadores, existe igualdad entre el hombre y la mujer ante la ley.

Pero esto no basta.

La igualdad ante la ley no es todavía la igualdad en la vida.

Necesitamos que las trabajadoras consigan la igualdad con los trabajadores no sólo ante la ley, sino en la vida. Para ello es preciso que las trabajadoras intervengan cada vez más en la administración de las empresas públicas y en la administración del Estado.

Administrando, las mujeres aprenderán con rapidez y se pondrán a la misma altura que los hombres.

Elegid más obreras al Soviet, lo mismo comunistas que sin partido. Con tal de que sean obreras honradas, capaces de realizar una labor inteligente y concienzuda, aunque sean obreras sin partido, ¡elegidlas al Soviet de Moscú!

¡Más obreras en el Soviet de Moscú! ¡Que el proletariado de Moscú demuestre que está dispuesto a hacer y hace todo lo necesario para la lucha hasta la victoria, para la lucha contra la vieja desigualdad, contra la vieja humillación burguesa de la mujer!

El proletariado no puede lograr la victoria completa sin conquistar la plena libertad para la mujer.

N. Lenin, 21 de febrero de 1920
"Pravda", núm. 40, 22 de febrero de 1920

*Se publica según el
texto del periódico*

Obras Completas, tomo 40, págs. 164-165

Con motivo del día internacional de la obrera

El capitalismo combina la igualdad formal con la desigualdad económica y, por tanto, social. En esto reside una de las particularidades fundamentales del capitalismo, particularidad que es velada falazmente por los partidarios de la burguesía, por los liberales, e incomprendida por los demócratas pequeñoburgueses. De esta particularidad del capitalismo se desprende, entre otras cosas, la necesidad de que, en la lucha resuelta por la igualdad económica, se reconozca abiertamente la desigualdad capitalista e incluso, bajo determinadas condiciones, se coloque este reconocimiento abierto de la desigualdad como base de la organización estatal proletaria (Constitución Soviética).

Pero el capitalismo *no puede* ser consecuente ni siquiera en lo que atañe a la igualdad formal (igualdad ante la ley, "igualdad" del harto y el hambriento, del propietario y el desposeído). Y una de las manifestaciones más flagrantes de esta inconsecuencia es la *desigualdad de derechos* de la mujer respecto al hombre. Ningún Estado burgués, ni siquiera el Estado republicano más progresista y democrático, ha dado la plena igualdad de derechos.

En cambio, la República Soviética de Rusia acabó inmediatamente con todos los restos, todos sin excepción, de la desigualdad jurídica de la mujer y le aseguró al punto la plena igualdad ante la ley.

Se dice que la situación jurídica de la mujer es lo que mejor caracteriza el nivel cultural. Este aserto contiene un grano de profunda verdad. Y desde este punto de vista, sólo la dictadura del proletariado, sólo el Estado socialista ha podido lograr y ha logrado el más alto nivel cultural.

El nuevo e inusitado impulso dado al movimiento obrero femenino está, pues, inevitablemente vinculado a la fundación (y afianzamiento) de la primera República Soviética y, por ende, a la Internacional Comunista.

Tratándose de los que estaban oprimidos por el capitalismo directa o indirectamente, totalmente o en parte, el régimen soviético y sólo él es el que garantiza la democracia. Lo atestigua claramente la situación de la clase obrera y de los campesinos pobres; lo prueba claramente la situación de la mujer.

Pero el régimen soviético es la lucha final y decidida por la *supresión de las clases*, por la igualdad económica y social. *A noso-*

tros no nos basta la democracia, ni siquiera la democracia para los oprimidos por el capitalismo, incluso para el sexo oprimido.

La tarea principal del movimiento obrero femenino es luchar por la igualdad económica y social de la mujer, y no sólo por la igualdad formal. La tarea principal es incorporar a _la mujer al trabajo social productivo, arrancarla de la "esclavitud del hogar", liberarla de la sumisión -embrutecedora Y humillante-al eterno y exclusivo ambiente de la cocina y del cuarto de los niños.

Es una lucha prolongada, que requiere una radical transformación de la técnica social, y de los usos y las costumbres. Pero esta lucha terminará con la plena victoria del comunismo.

4 de marzo de 1920

*"Pravda", el 8 de marzo de 1920 Se publica según el texto del
(número extraordinario) periódico*

Firmado: N. Lenin

Obras Completas, tomo 40, págs.200-201

Recuerdos sobre Lenin (Fragmento)

El camarada Lenin habló conmigo repetidas veces acerca de la cuestión femenina. Evidentemente, atribuía al movimiento femenino una gran importancia, como parte esencial del movimiento de masas, del que, en determinadas condiciones, puede ser una parte decisiva. De suyo se comprende que concebía la plena igualdad social de la mujer como un principio completamente indiscutible para un comunista.

Nuestra primera entrevista prolongada sobre este tema tuvo lugar en el otoño de 1920, en el espacioso despacho de Lenin en el Kremlin. Lenin estaba sentado junto a su mesa, cubierta de papeles y de libros, testimonio de ocupaciones y de trabajo, pero no de un “genial desorden”.

— Indudablemente, debemos crear un potente movimiento femenino internacional sobre unas bases teóricas claras y precisas -así inició él, luego de saludarnos, nuestra entrevista-. Sin teoría marxista no puede existir una buena labor práctica, esto es claro. Los comunistas necesitamos también en este problema la máxima pureza de principios. Debemos delimitar decididamente los campos entre nosotros y todos los demás partidos. Verdad es que, lamentablemente, nuestro II Congreso internacional¹ no ha conseguido examinar el problema femenino. Ha planteado la cuestión, pero no ha podido adoptar, una posición determinada. El asunto ha quedado empantanado en la comisión. Ésta debe elaborar una resolución, unas tesis y una línea firme. Pero hasta ahora ha avanzado poco en sus labores. Usted debe ayudar a la comisión en este sentido.

Yo había oído ya decir a otros lo que ahora me comunicaba Lenin y expresé mi asombro a este propósito. Estaba llena de entusiasmo por todo lo que las mujeres rusas habían hecho durante la revolución y por todo lo que ahora hacen para su defensa y su ulterior desarrollo. Por lo que se refiere a la situación y a la actividad de las mujeres en el Partido Bolchevique, a mí me parecía que en este aspecto el Partido era modelo. El Partido Bolchevique es el único que proporciona al movimiento femenino comunista internacional valiosas fuerzas, instruidas y probadas, siendo al mismo tiempo un gran ejemplo histórico.

— Esto es cierto, esto está muy bien —observó Lenin con una ligera sonrisa—. En Petrogrado, aquí en Moscú, en las ciudades y en los centros industriales situados en lugares apartados, las proletarias se han comportado durante la revolución magníficamente. Sin ellas no habríamos vencido. O difícilmente habríamos vencido. Esta es mi opinión. ¡Qué valentía han demostrado, qué valientes son hoy! Figúrese los sufrimientos y las privaciones que padecen. Y sin embargo, se mantienen, se mantienen firmes, porque quieren defender los Soviets, porque quieren la libertad y el comunismo. Sí, nuestras obreras son admirables, son unas combatientes de clase. Se han hecho merecedoras de admiración y cariño. En general es preciso reconocer que incluso las damas «demócratas constitucionalistas» en Petrogrado, durante la lucha contra nosotros, dieron pruebas de más valor que los junkers².

Eso es verdad: en nuestro Partido hay comunistas seguras, inteligentes e infatigablemente activas. Podrían ocupar puestos de responsabilidad en los Soviets, en los comités ejecutivos, en los comisariados del pueblo, en las instituciones. Muchas de ellas trabajan día y noche, bien en el Partido, bien entre la masa proletaria y campesina, bien en el Ejército Rojo. Esto es para nosotros muy valioso. Y esto es importante para las mujeres del mundo entero, pues testimonia la capacidad de la mujer, el alto valor que reviste su trabajo para la sociedad. La primera dictadura proletaria abre verdaderamente el camino hacia la plena igualdad social de la mujer. Desarraiga los prejuicios más que pudieran hacerlo montañas de libros sobre la igualdad de derechos de la mujer. No obstante, a pesar de todo esto, aún no tenemos un movimiento femenino comunista internacional, y debemos conseguirlo a toda costa. Debemos emprender inmediatamente su creación. Sin este movimiento, el trabajo de nuestra Internacional y de sus partidos no es completo ni podrá serlo jamás. Y nuestro trabajo revolucionario debe ser completo. Dígame cómo están las cosas en cuanto a la labor Comunista en el extranjero.

Le referí todo lo que yo podía conocer dado el escaso e irregular contacto que entonces existía entre los partidos adheridos a la Internacional Comunista. Lenin escuchaba con atención, ligeramente inclinado hacia adelante, sin dar señales de tedio, de impaciencia o de cansancio, siguiendo con el más profundo interés hasta los detalles de segundo orden. Yo no he conocido a nadie que supiera escuchar mejor que él y ordenar con mayor rapidez todo lo que oía, estableciendo la conexión general. Esto se veía por las breves pre-

guntas, siempre muy precisas, que de cuando en cuando me hacía mientras yo le hablaba y por el modo cómo más tarde retornaba a uno u otro detalle de la conversación. Lenin tomó algunas notas.

Como es lógico, yo le hablé de manera particularmente detallada sobre el estado de cosas en Alemania. Le hice saber que Rosa Luxemburgo daba gran importancia a la tarea de incorporar a las más amplias masas femeninas a la lucha revolucionaria. Cuando fue fundado el Partido Comunista, Rosa insistió en que debía publicarse un periódico consagrado al movimiento femenino. Cuando Leo Jogichés examinó conmigo el plan de trabajo del Partido, durante la última entrevista que tuvimos —día y medio antes de que lo matasen—, y me encomendó diferentes tareas, entre ellas figuraba un plan de trabajo de organización entre las obreras. En su primera Conferencia clandestina, el Partido se ocupó de este problema. Todas las agitadoras y dirigentes instruidas y expertas que se habían destacado en la anteguerra y durante la guerra, casi sin excepción, continuaban dentro de los partidos socialdemócratas de ambas tendencias y mantenían bajo su influencia a las masas de obreras, que atravesaban un estado de efervescencia. Sin embargo, también entre las mujeres se había constituido ya un pequeño núcleo de camaradas enérgicas y abnegadas, que tomaban parte en todo el trabajo y en la lucha de nuestro Partido. El propio Partido había organizado ya una actividad metódica entre las obreras. Naturalmente, todo esto no era más que el comienzo, pero un buen comienzo.

— No está mal, no está mal —dijo Lenin—. La energía, la abnegación y el entusiasmo de las comunistas, su valentía y su inteligencia en el período de la actividad clandestina o semiclandestina abren una buena perspectiva de desarrollo del trabajo. En el crecimiento del Partido y de su fuerza, la capacidad de atraer a las masas y la organización de acciones son factores valiosos. Pero ¿cómo están las cosas en lo que se refiere a la clara comprensión de las bases de este problema y a la necesidad de instruir a los camaradas a este respecto? Pues esto reviste importancia decisiva para el trabajo de masas. Y no puedo recordar ahora quién ha dicho que «para acometer grandes empresas, hace falta entusiasmo». Nosotros y los trabajadores de todo el mundo tenemos aún por delante empresas efectivamente grandes. Pues bien, ¿qué es lo que infunde entusiasmo a vuestras camaradas, a las mujeres proletarias en Alemania? ¿Cómo están las cosas en lo relativo a su conciencia proletaria de clase? ¿Están concentrados sus intereses y su actividad en las

reivindicaciones políticas del momento? ¿En qué están concentrados sus pensamientos?

Yo he oído decir a este propósito a los camaradas rusos y alemanes cosas extrañas. Debo hablarle de esto. Me han dicho que una comunista de talento edita en Hamburgo un periódico para las prostitutas y pretende organizarlas para la lucha revolucionaria. Rosa, como comunista, ha dado pruebas de sensibilidad humana cuando en un artículo ha salido en defensa de una prostituta encarcelada por haber infringido las normas policíacas relacionadas con su lamentable oficio. Estas víctimas dobles de la sociedad burguesa son dignas de compasión. En primer término, son víctimas del maldito sistema de propiedad imperante en dicha sociedad, y, además, son víctimas de una maldita hipocresía moral. Esto es claro. Sólo una persona grosera y miope puede olvidarlo. Pero una cosa es comprender esto y otra muy distinta —¿cómo decirlo?— organizar a las prostitutas como un destacamento combativo revolucionario especial y publicar para ellas un órgano profesional de prensa. ¿Acaso no hay ya en Alemania obreras industriales a las que es preciso organizar, para las que debe existir un periódico y a las que es necesario atraer a vuestra lucha? Aquí de lo que se trata es de una desviación morbosa. Esto me hace recordar mucho la moda literaria que presentaba a cada prostituta como una virgen seráfica. Ciertamente, la raíz de ese punto de vista también era sana: simpatía social, indignación contra la hipocresía moral de la honorable burguesía. Pero el principio sano se había dejado llevar por la descomposición burguesa y había degenerado. También en nuestro país la prostitución nos planteará aún muchas tareas arduas. Hacer que la prostituta retorne al trabajo productivo, encontrar para ella un puesto en la economía social: a esto se reduce todo. Pero, dado el estado actual de nuestra economía y el conjunto de las contradicciones existentes, es difícil y complicado llevar esto a cabo. Ahí tiene usted un aspecto del problema femenino que, después de la conquista del Poder estatal por el proletariado, se plantea ante nosotros en toda su amplitud y exige solución. En la Rusia Soviética, esto será para nosotros motivo de muchas preocupaciones. Pero volvamos al caso particular de Alemania. El Partido de ningún modo debe ver con tranquilidad estos actos anormales de sus miembros. Esto crea confusión y dispersa las fuerzas. Y usted misma, ¿Qué ha hecho para impedirlo?

Antes de que yo pudiera contestar, Lenin prosiguió:

— Clara, aún no he acabado de enumerar la lista de vuestras fa-

llas. Me han dicho que en las veladas de lectura y discusión con las obreras se examinan preferentemente los problemas sexuales y del matrimonio. Como si esto fuera el objeto de la atención principal en la educación política y en el trabajo educativo. No pude dar crédito a esto cuando llegó a mis oídos. El primer Estado de la dictadura proletaria lucha contra los contrarrevolucionarios de todo el mundo. La situación en la propia Alemania exige la mayor cohesión de todas las fuerzas revolucionarias proletarias para hacer frente a la contrarrevolución que presiona cada vez más. ¡Y mientras tanto, las comunistas activas examinan los problemas sexuales y la cuestión de las formas del matrimonio en el presente, en el pasado y en el porvenir! Consideran como su deber más importante instruir a las obreras en este aspecto. Según dicen, el folleto más difundido es el de una comunista de Viena sobre la cuestión sexual. ¡Qué vacío es este libreo! Lo que en él hay de justo, los obreros lo han leído hace ya mucho en Bebel. Pero no bajo la forma de un tedioso y torpe esquema, como en el folleto, sino bajo la forma de una agitación atrayente, impregnada de espíritu combativo contra la sociedad burguesa. Las alusiones que en el folleto se hacen a las hipótesis de Freud le dan una pretendida apariencia «científica», pero todo esto son mamarrachadas de un chapucero. La teoría de Freud es también ahora una especie de capricho que está en boga. Yo desconfío de las teorías sexuales expuestas en artículos, informes, folletos, etc., en una palabra, de esa literatura específica que tanto florece en el estercolero de la sociedad burguesa. Yo no confío en quien está constante y decididamente absorbido por los problemas sexuales, como un faquir indio por la contemplación de su ombligo. Creo que esta abundancia de teorías sexuales, que en su mayor parte son hipótesis, a menudo arbitrarias, obedece a necesidades personales. Obedece ni más ni menos al deseo de justificar ante la moral burguesa su propia vida sexual anormal o excesiva y de solicitar tolerancia para sí mismo. Este enmascarado respeto a la moral burguesa me es tan repelente como el afanoso escarbar en los problemas sexuales. Por muy rebelde y revolucionaria que aparente ser esta ocupación, en definitiva es eminentemente burguesa. Es una ocupación preferida por los intelectuales y por sectores próximos a ellos. En el Partido, entre el proletariado con conciencia de clase y combativo, no hay lugar para eso.

Al llegar aquí hice la observación de que las cuestiones sexuales y del matrimonio, bajo la dominación de la propiedad privada y

del régimen burgués, dan origen de modo apremiante a multitud de tareas, conflictos y sufrimientos para las mujeres de todas las clases y capas sociales. La guerra y sus consecuencias han agudizado de manera extraordinaria para la mujer los conflictos y sufrimientos que ya existían precisamente en el terreno de las relaciones entre los sexos. Los problemas antes velados para la mujer han quedado al descubierto. A esto hay que añadir la atmósfera de la revolución que ha comenzado. El mundo de los viejos sentimientos y de las viejas ideas se resquebraja por todas sus juntas. Las viejas relaciones sociales se debilitan y se rompen. Surgen los brotes de nuevas premisas ideológicas, todavía no cristalizadas, para las relaciones humanas. El interés por estas cuestiones se explica por la necesidad de esclarecer la situación, por la necesidad de una nueva orientación. En esto se pone de manifiesto también la reacción contra las deformaciones y el engaño de la sociedad burguesa. Las modificaciones de las formas del matrimonio y de la familia a lo largo de la historia, en dependencia de la economía, ofrecen un medio cómodo para extirpar de las mentes de las obreras el prejuicio sobre la eternidad de la sociedad burguesa. La actitud crítica en cuanto a la historia de la sociedad burguesa debe transformarse en una decidida desarticulación del régimen burgués, en un desenmascaramiento de su esencia y de las consecuencias derivadas de él, incluida la estigmatización de la falsa moral sexual. Todos los caminos conducen a Roma. Todo análisis marxista relativo a una parte importante de la superestructura ideológica de la sociedad y a un relevante fenómeno social debe desembocar en el análisis del régimen burgués y de su base: la propiedad privada; y todo análisis de este género debe llevar a la conclusión de que “hay que destruir Cartago”.

Lenin, sonriendo, asintió con la cabeza. — ¡Vaya, vaya! ¡Dejiéndole usted como un abogado a sus camaradas y a su partido! Naturalmente, todo lo que usted dice es justo. Mas para la falta cometida en Alemania, esto, en el mejor de los casos, puede servir de disculpa, y no de justificación. La falta no ha dejado ni deja de ser falta. ¿Puede usted darme una garantía seria de que, en las veladas de lectura y de discusión, los problemas sexuales y del matrimonio son examinados desde el punto de vista de un materialismo histórico consecuente, basado en la vida? Esto presupone un conocimiento profundo y multilateral y un dominio marxista muy preciso de un material enorme. ¿Dónde tienen ustedes hoy camaradas con preparación para esto? Si los tuviesen, no podría ocurrir que un folleto

como el mencionado fuese utilizado en calidad de material de estudio en las veladas de lectura y de discusión. En lugar de criticar este folleto, es recomendado y difundido. ¿Cuál es, en definitiva, la consecuencia de este examen insatisfactorio y no marxista de la cuestión? Que los problemas sexuales y del matrimonio no se conciban como parte del problema social, que es el principal. Por el contrario, el gran problema social comienza a parecer una parte, un apéndice del problema sexual. Lo más importante queda relegado a un segundo plano como algo accesorio. Esto no sólo va en perjuicio de la claridad en esta cuestión, sino que, hablando en términos generales, nubla las mentes, nubla la conciencia de clase de las obreras.

Otra observación que no estará de más. Ya el sabio Salomón decía que cada cosa a su debido tiempo. Dígame, por favor, si es ahora el momento de hacer que las obreras se dediquen meses enteros a dilucidar cómo se ama y se es amado, cómo se corteja y se es cortejado. Y, naturalmente, en el pasado, en el presente, en el porvenir y entre los diferentes pueblos. Y a esto lo denominan luego con todo orgullo materialismo histórico. Actualmente, todos los pensamientos de las obreras deben estar concentrados en la revolución proletaria. Ella creará también la base para una renovación efectiva de las condiciones del matrimonio y de las relaciones entre los sexos. Pero ahora, ciertamente, destacan en el primer plano otros problemas distintos a las formas del matrimonio entre los negros australianos y a los matrimonios dentro de una misma familia en el mundo antiguo. La historia sigue planteando en el orden del día al proletario alemán las cuestiones relativas a los Soviets, a la paz de Versalles³ y su influencia en la vida de las masas femeninas, al paro forzoso, al salario que desciende, a los impuestos y otras muchas cosas. En pocas palabras, me atengo a mi opinión de que este procedimiento de educación política y social de las obreras es desacertado, completamente desacertado. ¿Cómo ha podido usted callar? Usted debía haber puesto a todo ello su autoridad.

Le expliqué a mi fogoso amigo que no había perdido ocasión de criticar, de hacer objeciones a las camaradas que ocupaban puestos de dirección y de intervenir en distintos lugares. Pero él sabía muy bien que nadie es profeta en su tierra y entre los suyos. Con mi crítica me gané la sospecha de que “en mí eran todavía fuertes los resabios de la posición socialdemócrata y del filisteísmo pasado de moda”. Sin embargo, al fin y al cabo, la crítica no había sido estéril. Las cuestiones sexuales y del matrimonio no son ya los puntos cen-

trales en los círculos y en las veladas de discusión.

Lenin siguió desarrollando el hilo de sus ideas.

— Ya lo sé, ya lo sé —dijo—, de mí también se tiene, en relación con esto, la sospecha bastante arraigada de que soy un filisteo. Yo reacciono ante esto con tranquilidad. Los tiernos polluelos que apenas han salido del cascarón de las concepciones burguesas, son siempre terriblemente ingeniosos. Tenemos que avenirnos a ello, sin enmendarnos. El movimiento juvenil también adolece del planteamiento moderno de las cuestiones sexuales y de una excesiva preocupación por ellas.

Lenin cargó el acento con ironía en la palabra “moderno”, haciendo al mismo tiempo como si se desentendiera de esto.

— Según me han informado, las cuestiones sexuales son también objeto preferido de estudio en vuestras organizaciones juveniles. Se dice que no es tan fácil contar con el número suficiente de conferenciantes que traten el problema. Esta anormalidad es particularmente perniciosa para el movimiento juvenil, y particularmente peligrosa. Puede muy fácilmente contribuir a una excesiva excitación y desarreglo de la vida sexual de algunos y disipar la salud y las energías de la juventud. Ustedes desean luchar también contra este fenómeno. Pues entre el movimiento femenino y el juvenil hay no pocos puntos de contacto. Nuestras camaradas comunistas deben desplegar por doquier una labor metódica y conjunta con la juventud. Esto las elevará y las trasladará del mundo de la maternidad individual al mundo de la maternidad social. Es necesario contribuir a todo despertar de la vida social y de la actividad de la mujer, para que pueda superar la estrechez de su sicología casera y familiar pequeñoburguesa, individualista. Pero esto dicho sea de paso.

También en nuestro país una parte considerable de la juventud se dedica con todo celo a una «revisión de las concepciones y de la moral burguesas» en los problemas sexuales. Y debo añadir, una parte considerable de nuestra mejor juventud, de la que realmente promete mucho. La cuestión está planteada como usted acaba de indicar. En la atmósfera de las consecuencias de la guerra y de la revolución que ha comenzado, los viejos valores ideológicos se derrumban, perdiendo su fuerza de contención. Los nuevos valores cristalizan lentamente, a través de la lucha. Los puntos de vista sobre las relaciones humanas y sobre las relaciones entre el hombre y la mujer se radicalizan, lo mismo que los sentimientos y las ideas. Se establecen nuevos límites entre el derecho del individuo y el de-

recho de la colectividad y, por tanto, entre las obligaciones del individuo. Este es un proceso lento y frecuentemente muy doloroso de génesis y caducidad. Todo esto afecta también a la esfera de las relaciones sexuales, del matrimonio y de la familia. La desintegración, la podredumbre y la sordidez del matrimonio burgués, con las dificultades que ofrece para ser anulado, con la libertad para el marido y con la esclavitud para la mujer, así como la abominable falsedad de la moral y de las relaciones sexuales impregnan a las mejores personas de un sentimiento de profunda aversión.

El yugo de las leyes del Estado burgués relativas al matrimonio y a la familia agravan el mal y agudizan los conflictos. Es el yugo de la “sacrosanta propiedad privada”. Esta consagra la venalidad, la bajeza, la suciedad moral. El engaño convencional de la «respectable» sociedad burguesa corona el resto. Las gentes se rebelan contra las abominaciones y las perversidades imperantes. Y en esta época, cuando se desmoronan Estados poderosos, cuando caen rotas las viejas relaciones de dominio, cuando comienza a perecer todo un mundo social, en esta época las emociones del hombre experimentan rápidos cambios. El deseo vehemente de diversidad en los placeres adquiere fácilmente una fuerza irrefrenable. Las formas del matrimonio y de las relaciones entre los sexos en el sentido burgués no satisfacen ya. En el terreno del matrimonio y de las relaciones sexuales se aproxima una revolución en consonancia con la revolución proletaria. Se comprende que el cúmulo de cuestiones extraordinariamente complejo que esto plantea en el orden del día, preocupe hondamente tanto a la mujer como a la juventud. La una y la otra sufren con particular rigor las consecuencias de la actual irregularidad en la esfera de las relaciones sexuales. La juventud se subleva contra esto con el ímpetu propio de su edad. Esto se comprende. Nada más falso que predicar a la juventud un ascetismo monacal y la santidad de la sucia moral burguesa. Sin embargo, no está bien que en estos años las cuestiones sexuales, planteadas con intensa fuerza por causas naturales, pasen a ser las cuestiones centrales en la vida síquica de la juventud. Las consecuencias son sencillamente fatales.

Desde luego, la nueva actitud de la joven generación hacia las cuestiones de la vida sexual es una actitud “de principios” y se basa en una supuesta teoría. Muchos califican su posición de “revolucionaria” y “comunista”. Piensan sinceramente que esto es así. Yo, un viejo, no soy de esa opinión. Aunque no tengo nada de asceta som-

brío, la llamada “nueva vida sexual” de la juventud —y frecuentemente de los adultos— me parece con bastante frecuencia una vida puramente burguesa, me parece una variedad de las respetables casas burguesas de tolerancia. Todo esto no tiene nada de común con el amor libre, como lo entendemos los comunistas. Usted, naturalmente, conoce la famosa teoría de que, en la sociedad comunista, satisfacer el deseo sexual y las inquietudes amorosas es una cosa tan sencilla y tan de poca importancia como beberse un vaso de agua. A causa de esta teoría del “vaso de agua” nuestra juventud ha perdido los estribos, sencillamente ha perdido los estribos. Esta teoría se ha convertido en un sino fatal para muchos jóvenes. Los partidarios de ella afirman que es una teoría marxista. Gracias sean dadas a este “marxismo”, para el que todos los fenómenos y cambios en la superestructura ideológica de la sociedad se deducen exclusivamente, de manera inmediata y directa, y sin excepción, de la base económica. La cuestión no es tan sencilla, ni mucho menos. Un tal Federico Engels estableció hace ya mucho esta verdad, referente al materialismo histórico.

Estimo que la famosa teoría del “vaso de agua” no tiene nada de marxista y, además, es antisocial. En la vida sexual se manifiesta no sólo lo que al hombre ha dado la naturaleza, sino también lo que —elevado o ruin— le ha reportado la cultura. En el *Origen de la familia*, Engels señalaba cuán significativo es que la simple atracción sexual se haya desarrollado hasta convertirse en el amor sexual individual y se haya ido elevando más y más. Las relaciones entre los sexos no son la simple expresión del juego entre la economía social y la necesidad física. No sería marxismo, sino racionalismo, tratar de reducir directamente a la base económica de la sociedad el cambio de estas relaciones por sí mismas, desligadas de su conexión general con toda la ideología. Naturalmente, la sed exige verse satisfecha. Mas ¿acaso una persona normal, en condiciones normales, se pondría en plena calle a beber de un charco enfangado? ¿O de un vaso cuyos bordes hayan pasado por decenas de labios? Pero lo más importante de todo es el aspecto social. Beber agua es cosa realmente individual. Pero en el amor participan dos, y surge una tercera, una nueva vida. Aquí aparece ya el interés social, surge el deber ante la colectividad.

Como comunista, no siento la menor simpatía por la teoría del “vaso de agua”, aunque ostente la etiqueta del “amor libre”. Por añadidura, ni es nueva ni es comunista. Usted, probablemente, re-

cordará que esta teoría se preconizaba en la literatura, aproximadamente a mediados del siglo pasado, como la “emancipación del corazón”. En la práctica burguesa, esta teoría se convirtió en la emancipación del cuerpo. Las prédicas en aquellos tiempos eran más inteligentes que ahora; en cuanto a la práctica, no puedo juzgar.

No es que yo quiera con mi crítica propugnar el ascetismo. Ni pensar en tal cosa. El comunismo debe traer consigo no el ascetismo, sino la alegría de vivir y el optimismo, suscitado también por la plenitud de la vida amorosa. Sin embargo, a mi juicio, el exceso de vida sexual que hoy se observa a menudo, lejos de reportar alegría vital y optimismo, los disminuye. En tiempos de revolución, esto es malo, muy malo.

La juventud necesita particularmente alegría vital y optimismo. Deporte saludable —gimnasia, natación, excursiones, ejercicios físicos de toda clase—, diversidad de inquietudes espirituales, estudio, análisis, investigación, ¡y todo ello, a poder ser, combinado! Todo esto da a la juventud más que las eternas conferencias y discusiones sobre los problemas sexuales y el llamado “goce de la vida”. ¡Una mente sana en un cuerpo sano! Ni un monje, ni un Don Juan, pero tampoco un filisteo alemán como término medio. Usted conocerá tal vez al joven camarada XYZ. ¡Magnífico e inteligente muchacho! Temo que, a pesar de todo, no saldrá de él nada de provecho. De una historia amorosa cae en otra. Esto no sirve ni, para la lucha política ni para la revolución. Tampoco garantizo la firmeza y el temple en la lucha de aquellas mujeres cuyas veleidades amorosas se entrelazan con la política, y de aquellos hombres a quienes se les van los ojos tras cada falda y que se dejan enredar por cada mujercita joven. No, no, esto no concuerda con la revolución.

Lenin se puso de pie, golpeó con el puño en la mesa y dio unos cuantos pasos por la habitación.

— La revolución exige de las masas y de los individuos concentración interna y tensión de las fuerzas. No consiente estados orgiásticos como los que son habituales para los héroes y las heroínas decadentes de D’Annunzio. La incontinencia en la vida sexual es burguesa: es un signo de degeneración. El proletariado es una clase ascendente. No necesita de la embriaguez que le enerve o le excite. No necesita ni la embriaguez de la incontinencia sexual ni la embriaguez alcohólica. No piensa ni quiere olvidar la vileza, la putrefacción y la barbarie del capitalismo. Extrae los más fuertes estímulos para la lucha de la situación de su clase, del ideal comunista.

Necesita claridad, claridad y una vez más claridad. Por eso, repito, no debe haber la menor debilidad, el menor despilfarro y agotamiento de fuerzas. El dominio de sí mismo y la autodisciplina no significan esclavitud; se necesitan igualmente en el amor. Pero perdóneme, Clara. Me he alejado mucho del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado usted al orden? La alarma me ha obligado a hablar de más. El futuro de nuestra juventud me inquieta profundamente. Es una parte de la revolución. Y si los fenómenos perniciosos de la sociedad burguesa comienzan a extenderse al mundo de la revolución, como las raíces ampliamente ramificadas de algunas malas hierbas, es mejor oponerse a esto a tiempo. Además, las cuestiones tratadas forman también parte del problema femenino.

Lenin hablaba con gran animación y fuerza persuasiva. Yo sentía que cada una de sus palabras brotaba del fondo de su alma: la expresión de su rostro así lo confirmaba. A veces, un enérgico movimiento de la mano subrayaba las ideas. Yo me asombraba de cómo Lenin dedicaba tanta atención para analizar, además de las cuestiones políticas de mayor trascendencia, los fenómenos aislados. Y no sólo los fenómenos de la Rusia Soviética, sino también los de los Estados capitalistas. Como magnífico marxista, consideraba lo aislado, en cualquier forma que se manifestase, en su conexión con lo grande, con el conjunto, apreciando lo que significaba para este conjunto. Su voluntad, la finalidad de su vida tendían por entero, inquebrantablemente, como una fuerza inexorable de la naturaleza, a acelerar la revolución, como obra de las masas. Apreciaba todo de acuerdo con la influencia que ello pudiera ejercer sobre las fuerzas conscientes y combativas de la revolución, tanto nacionales como internacionales, ya que siempre tenía ante sí la revolución proletaria mundial única e indivisible, tomando en consideración todas las particularidades de los distintos países, producto de la historia, y las diversas etapas de su desarrollo.

— ¡Cuánto lamento, camarada Lenin —exclamé—, que sus palabras no sean oídas por cientos, por miles de personas! Usted sabe que a mí no hay que convencerme. Pero ¡qué importante sería que escucharan su opinión los amigos y los enemigos!

Lenin se sonrió bonachonamente.

— Tal vez algún día pronuncie un discurso o escriba algo sobre estas cuestiones. Más tarde, ahora no. Ahora todo el tiempo y todas las energías deben concentrarse en otra cosa. Hay preocupa-

ciones más importantes y más graves.

La lucha por mantener y fortalecer el Poder soviético está lejos de haberse terminado. Debemos esforzarnos por asimilar lo mejor posible el desenlace de la guerra con Polonia⁴. En el Sur está aún Wrángel. Es cierto que yo tengo la firme seguridad de que le ajustaremos las cuentas. Esto obligará a reflexionar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero tenemos por delante todavía la parte más difícil de nuestra tarea: el restablecimiento de la economía. En el proceso del mismo adquirirán también importancia las cuestiones sexuales, las cuestiones del matrimonio y de la familia. Pero mientras tanto ustedes deben luchar, cuando y donde sea preciso. No deben permitir que estas cuestiones se traten de un modo no marxista y abonen el terreno para desviaciones y deformaciones desorganizadoras. Por fin ha llegado el momento de hablar del trabajo de usted.

Lenin miró al reloj.

— La mitad del tiempo de que dispongo —dijo— ha pasado ya. Me he extendido demasiado. Usted debe escribir unas tesis directrices sobre el trabajo comunista entre las mujeres. Conozco su enfoque de principios y su experiencia práctica. Por eso nuestra conversación en torno a esta labor será breve. Veamos. ¿Cómo concibe usted estas tesis?

En pocas palabras le di a conocer lo que yo pensaba. Lenin asintió con la cabeza repetidas veces, sin interrumpirme. Cuando terminé, le miré en espera de su opinión.

— Está bien —dijo—. Además, sería bueno que presentase usted un informe sobre esto en una asamblea de mujeres militantes responsables del Partido y que se discutiese la cuestión. Es lamentable, muy lamentable que la camarada Inés no se encuentre aquí. Está enferma y ha marchado al Cáucaso. Después de la discusión, escriba usted las tesis. La comisión las examinará y el Comité Ejecutivo decidirá en definitiva. Yo expresaré mi opinión solamente sobre algunos puntos principales, en los que coincido por completo con usted. Me parecen también importantes para nuestro trabajo cotidiano de agitación y propaganda, ya que deseamos preparar acciones eficaces y combates victoriosos.

Las tesis deben subrayar con rigor que la verdadera emancipación de la mujer sólo es posible a través del comunismo. Es preciso esclarecer profundamente el nexo indisoluble entre la situación de la mujer como persona y miembro de la sociedad y la propiedad pri-

vada sobre los medios de producción. Así delimitaremos con toda precisión los campos entre nosotros y el movimiento burgués por la “emancipación de la mujer”. Esto sentará también las bases para examinar el problema femenino como parte del problema social, obrero, y por tanto permitirá vincularlo firmemente con la lucha proletaria de clase y con la revolución. El movimiento comunista femenino debe ser un movimiento de masas, debe ser una parte del movimiento general de masas, no sólo del movimiento de los proletarios, sino de todos los explotados y oprimidos, de todas las víctimas del capitalismo. En esto consiste la importancia del movimiento femenino para la lucha de clase del proletariado y para su misión histórica creadora: la organización de la sociedad comunista. Podemos enorgullecernos con razón de que la flor y nata de las mujeres revolucionarias militan en nuestro Partido, en la Internacional Comunista. Pero esto no tiene todavía una importancia decisiva. Debemos atraer a millones de trabajadoras en la ciudad y en el campo a la participación en nuestra lucha, y en particular a la obra de la reestructuración comunista de la sociedad. Sin las mujeres no puede existir un verdadero movimiento de masas.

De nuestra concepción ideológica se desprenden asimismo medidas de organización. ¡Nada de organizaciones especiales de mujeres comunistas! La comunista es tan militante del Partido como lo es el comunista, con las mismas obligaciones y derechos. En esto no puede haber ninguna divergencia. Sin embargo, no debemos cerrar los ojos ante los hechos. El Partido debe contar con organismos — grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones o como se decida denominarlas— cuya tarea especial consista en despertar a las amplias masas femeninas, vincularlas con el Partido y mantenerlas bajo la influencia de éste. Para ello, naturalmente, es necesario que desarrollemos plenamente, una labor sistemática entre estas masas femeninas. Debemos educar a las mujeres que hayamos conseguido sacar de la pasividad, debemos reclutarlas y armarlas para la lucha proletaria de clase bajo la dirección del Partido Comunista. No solo me refiero a las proletarias que trabajan en la fábrica o se afanan en el hogar, sino también a las campesinas, a las mujeres de distintas capas de la pequeña burguesía. Ellas también son víctimas del capitalismo y desde la guerra lo son más que nunca. Psicología apolítica, no social, atrasada, de estas masas femeninas; estrechez del campo de su actividad, todo su modo de vida: tales son los hechos. No prestar atención a esto sería inconcebible, completamente inconce-

bible. Necesitamos nuestros propios organismos para trabajar entre ellas, necesitamos métodos especiales de agitación y formas especiales de organización. No se trata de una defensa burguesa de los “derechos de la mujer”, sino de los intereses prácticos de la revolución.

Le dije a Lenin que sus razonamientos constituían para mí un apoyo valioso. Muchos camaradas, muy buenos camaradas, se oponían del modo más resuelto a que el Partido crease organismos especiales para una labor metódica entre las amplias masas femeninas. Llamaban a esto retorno a las tradiciones socialdemócratas, a la célebre “emancipación de la mujer”. Trataban de demostrar que los partidos comunistas, al reconocer por principio y plenamente la igualdad de derechos de la mujer, deben desarrollar su labor entre las masas trabajadoras sin diferencias de ninguna especie. La manera de trabajar entre las mujeres debe ser la misma que entre los hombres. Todo intento de tener en cuenta en la agitación o en la organización las circunstancias indicadas por Lenin es considerado por los defensores de la opinión opuesta como oportunismo, como traición y renuncia a los principios.

— Esto ni es nuevo ni sirve en modo alguno como prueba — replicó Lenin—. No se deje usted desorientar. ¿Por qué en ninguna parte, ni siquiera en la Rusia Soviética, no militan en el Partido tantas mujeres como hombres? ¿Por qué el número de obreras organizadas en los sindicatos es tan reducido? Estos hechos obligan a reflexionar. La negación de la necesidad de organismos especiales para nuestro trabajo entre las extensas masas femeninas es una de las manifestaciones de una posición muy de principios y muy radical de nuestros “queridos amigos” del Partido Obrero Comunista⁵. Según ellos, debe existir una sola forma de organización: la Unión obrera. Ya lo sé. Muchas cabezas de mentalidad revolucionaria, pero embrolladas, se remiten a los principios cuando no ven la realidad, es decir, cuando la inteligencia se niega a apreciar los hechos concretos en los que se debe parar la atención. ¿Cómo hacen frente estos mantenedores de la “pureza de principios” a las necesidades que nos impone el desarrollo histórico en nuestra política revolucionaria?

Todos estos razonamientos se vienen abajo ante una necesidad inexorable: sin millones de mujeres no podemos realizar la dictadura proletaria, sin ellas no podemos llevar a cabo la edificación comunista. Debemos encontrar el camino que nos conduzca hasta ellas, debemos estudiar mucho, probar muchos métodos para encontrarlo.

Por eso es totalmente justo que presentemos reivindicaciones en favor de la mujer. Esto no es un programa mínimo, no es un programa de reformas en el espíritu socialdemócrata, en el espíritu de la II Internacional⁶. Esto no es el reconocimiento de que creamos en la eternidad o al menos en una existencia prolongada de la burguesía y de su Estado. Tampoco es un intento de apaciguar a las masas femeninas con reformas y desviarlas de la lucha revolucionaria. Esto nada tiene de común con las supercherías reformistas. Nuestras reivindicaciones se desprenden prácticamente de la tremenda miseria y de las vergonzosas humillaciones que sufre la mujer, débil y desamparada bajo el régimen burgués. Con esto testimoniamos que conocemos estas necesidades, que comprendemos igualmente la opresión de la mujer, que comprendemos la situación privilegiada del hombre y odiamos —sí, odiamos— y queremos eliminar todo lo que oprime y atormenta a la obrera, a la mujer del obrero, a la campesina, a la mujer del hombre sencillo e incluso, en muchos aspectos, a la mujer de la clase acomodada. Los derechos y las medidas sociales que exigimos de la sociedad burguesa para la mujer, son una prueba de que comprendemos la situación y los intereses de la mujer y de que bajo la dictadura proletaria las tendremos en cuenta. Naturalmente, no con adormecedoras medidas de tutela; no, naturalmente que no, sino como revolucionarios que llaman a la mujer a trabajar en pie de igualdad por la transformación de la economía y de la superestructura ideológica.

Aseguré a Lenin que compartía su punto de vista, pero que, indudablemente, este punto de vista encontraría resistencia. Mentes inseguras y medrosas lo rechazarían como “oportunismo peligroso”. Tampoco se debe negar que nuestras actuales reivindicaciones para la mujer pueden ser comprendidas e interpretadas equivocadamente.

— ¡Qué le vamos a hacer! —exclamó Lenin, algo irritado— Este peligro se extiende a todo cuanto decimos y hacemos. Si por temor a él vamos a abstenernos de actos convenientes y necesarios, podemos convertirnos sencillamente en místicos contemplativos indios. ¡Nada de moverse, nada de moverse, no sea que caigamos desde la altura de nuestros principios! En nuestro caso no se trata sólo de lo que exijamos, sino de cómo hagamos esto. Yo creo que lo he subrayado con suficiente claridad. Como es lógico, en nuestra propaganda no debemos repasar en actitud orante las cuentas del rosario de nuestras reivindicaciones para la mujer. No, en dependencia de las condiciones existentes debemos luchar ora por unas

reivindicaciones, ora por otras, luchar, naturalmente, siempre en relación con los intereses generales del proletariado.

— Como es lógico, cada combate nos pone en contradicción con la honorable camarilla burguesa y sus no menos honorables lacayos reformistas. Ello obliga a estos últimos bien a luchar a nuestro lado, bajo nuestra dirección —cosa que ellos no quieren—, bien a quitarse la máscara. Por tanto, la lucha hace que nos destaquemos con relieve, pone de manifiesto nuestro perfil comunista. La lucha nos granjea la confianza de las amplias masas femeninas, que se sienten explotadas, esclavizadas, agobiadas por el dominio del hombre, por el poder de los patronos y por toda la sociedad burguesa en su conjunto. Las trabajadoras, traicionadas y abandonadas por todos, comienzan a comprender que deben luchar junto con nosotros. ¿Debemos aún persuadirnos unos a otros de que la lucha por los derechos de la mujer tiene que estar vinculada con el objetivo fundamental: con la conquista del Poder y la instauración de la dictadura del proletariado? Esto es para nosotros en los momentos actuales y seguirá siendo el alfa y omega. Esto es claro, completamente claro. Pero las amplias masas femeninas trabajadoras y populares no sentirán el anhelo irresistible de compartir con nosotros la lucha por el Poder del Estado si siempre trompeteamos exigiendo esta sola reivindicación, aunque, sea con las trompetas de Jericó. ¡No, no! También en la conciencia de las masas femeninas debemos vincular políticamente nuestro llamamiento con los sufrimientos, las necesidades y los deseos de las trabajadoras. Estas deben saber que la dictadura proletaria significa para ellas la plena igualdad de derechos con el hombre tanto ante la ley como en la práctica, en la familia, en el Estado y en la sociedad, así como también el derrocamiento del poder de la burguesía.

La Rusia Soviética está demostrando esto —exclamé—, y nos servirá de gran ejemplo!

Lenin prosiguió.

— La Rusia Soviética plantea nuestras reivindicaciones para la mujer bajo un aspecto nuevo. En la dictadura del proletariado esas reivindicaciones ya no son objeto de lucha entre el proletariado y la burguesía, sino que son ladrillos para la edificación de la sociedad comunista. Esto muestra a las mujeres de más allá de nuestras fronteras la importancia decisiva de la conquista del Poder por el proletariado. La diferencia entre su situación aquí y allí debe ser establecida con precisión, para que ustedes puedan contar con las

masas femeninas en la lucha de clase revolucionaria del proletariado. Saber movilizarlas con una clara comprensión de los principios y sobre una firme base organizativa, es cuestión de la que dependen la vida y la victoria del Partido Comunista. Pero no debemos engañarnos. En nuestras secciones nacionales no existe todavía una comprensión cabal de este problema. Nuestras secciones nacionales mantienen una actitud pasiva y expectante ante la tarea de crear bajo la dirección comunista un movimiento de masas de las trabajadoras. No comprenden que desplegar ese movimiento de masas y dirigirlo constituye una parte muy importante de toda la actividad del Partido, incluso la mitad del trabajo general del Partido. El reconocimiento, a veces, de la necesidad y del valor de un potente movimiento femenino comunista, que tenga ante sí un objetivo claro, es un reconocimiento platónico de palabra, y no una preocupación y un deber constantes del Partido.

Nuestras secciones nacionales conciben la labor de agitación y propaganda entre las masas femeninas, su despertar y su radicalización como algo secundario, como una tarea que afecta exclusivamente a las mujeres comunistas. Se reprocha a las comunistas que esta obra no avanza con la debida rapidez y energía. ¡Esto es injusto, totalmente injusto! Verdadero separatismo e igualdad de derechos de la mujer *à la rebours*, como dicen los franceses, es decir, igualdad de derechos de la mujer al revés. ¿En qué se basa esta posición errónea de nuestras secciones nacionales? (No hablo de la Rusia Soviética). En definitiva, esto no es otra cosa que una subestimación de la mujer y de su trabajo. Eso es. Lamentablemente, de muchos de nuestros camaradas aún se puede decir: “Escarbad en un comunista y encontraréis a un filisteo”. Naturalmente, es preciso escarbar en el punto sensible: en su sicología con relación a la mujer. ¿Existe prueba más evidente que el hecho de que los hombres vean con calma cómo la mujer se desgasta en el trabajo doméstico, un trabajo menudo, monótono, agotador y que le absorbe el tiempo y las energías; cómo se estrechan sus horizontes; se nubla su inteligencia, se debilita el latir de su corazón y decae la voluntad? Naturalmente, no aludo a las damas burguesas, que encomiendan todos los quehaceres domésticos, incluido el cuidado de los niños, a personas asalariadas. Todo lo que digo se refiere a la inmensa mayoría de las mujeres, comprendidas las mujeres de los obreros, aunque se pasen todo el día en la fábrica y ganen su salario.

Son muy pocos los maridos, hasta entre los proletarios, que

piensen en lo mucho que podrían aliviar el peso y las preocupaciones de la mujer, e incluso suprimirlos por completo, si quisieran ayudar “a la mujer en su trabajo”. No lo hacen, por considerarlo reñido con “el derecho y la dignidad del marido”. Este exige descanso y confort. La vida casera de la mujer es un sacrificio diario en miles de detalles nimios. El viejo derecho del marido a la dominación continúa subsistiendo en forma encubierta. Su esclava se venga de él objetivamente por esta situación, también en forma velada: el atraso de la mujer, su incomprensión de los ideales revolucionarios del marido debilitan el entusiasmo de éste y su decisión de luchar. Estos son los pequeños gusanos que corroen y minan las energías de modo imperceptible y lento, pero seguro. Conozco la vida de los obreros, y no sólo a través de los libros. Nuestro trabajo comunista entre las masas femeninas, nuestra labor política comprende una parte considerable de trabajo educativo entre los hombres. Debemos extirpar hasta las últimas y más pequeñas raíces del viejo punto de vista propio de los tiempos de la esclavitud. Debemos hacerlo tanto en el Partido como en las masas. Esto afecta a nuestras tareas políticas, lo mismo que la imperiosa necesidad de formar un núcleo de camaradas —hombres y mujeres— que cuenten con una seria preparación teórica y práctica para realizar e impulsar la labor de Partido entre las trabajadoras.

A mi pregunta sobre las condiciones existentes en la Rusia Soviética, Lenin contestó:

— El Gobierno de la dictadura del proletariado, en alianza, naturalmente, con el Partido Comunista y los sindicatos, hace todos los esfuerzos necesarios para superar las concepciones atrasadas de los hombres y las mujeres y acabar así con la base de la vieja psicología no comunista. Huelga decir que se ha efectuado la plena igualdad de derechos del hombre y la mujer en la legislación. En todas las esferas se observa un deseo sincero de llevar a la práctica esta igualdad. Estamos incorporando a las mujeres al trabajo en la economía soviética, en los organismos administrativos, en la legislación y en la labor de gobierno. Les estamos abriendo las puertas de todos los cursillos y centros docentes para elevar su preparación profesional y social. Estamos creando diversos establecimientos públicos: cocinas y comedores, lavaderos y talleres de reparación, casas-cuna, jardines de la infancia, orfanatos y todo género de establecimientos educativos. En una palabra, estamos aplicando de verdad la reivindicación de nuestro programa de transmitir las funcio-

nes económicas y educativas de la vida doméstica individual a la sociedad. De este modo, la mujer es liberada de la vieja esclavitud doméstica y de toda dependencia del marido. Se le brinda la plena posibilidad de actuar en la sociedad de acuerdo con sus capacidades e inclinaciones. En cuanto a los niños, se les ofrecen condiciones más favorables para su desarrollo que las que pudieran tener en casa. En nuestro país existe la legislación más avanzada del mundo en lo que atañe a la protección del trabajo femenino. Delegados de los obreros organizados la llevan a la práctica. Estamos organizando casas de maternidad, casas para la madre y el niño, consultorios para las madres, organizamos cursillos para aprender a cuidar a los niños de pecho y de corta edad, exposiciones sobre la protección de la maternidad y de la infancia, etc. Hacemos los mayores esfuerzos para satisfacer las necesidades de las mujeres cuya situación material no está asegurada y de las trabajadoras en paro forzoso.

Sabemos muy bien que todo esto es todavía poco en comparación con las necesidades de las masas femeninas trabajadoras, que esto es aún completamente insuficiente para su efectiva emancipación. Pero esto representa un paso gigantesco hacia adelante con respecto a lo que existía en la Rusia zarista, capitalista. Esto es incluso mucho en comparación con lo que se hace allí donde el capitalismo ejerce aún su dominio absoluto. Este es un buen comienzo. El rumbo es acertado, y lo seguiremos de manera consecuente, con toda nuestra energía. Ustedes, en el extranjero, pueden estar seguros de ello. Cada día de existencia del Estado soviético nos hace ver con más claridad que no avanzaremos sin el concurso de millones de mujeres. Figúrese lo que esto significa en un país donde el 80% de la población por lo menos, son campesinos. La pequeña hacienda campesina significa la economía doméstica individual y el sometimiento de la mujer a ella. En este sentido, la situación será para ustedes mucho mejor, las cosas les serán más fáciles que a nosotros, naturalmente, a condición de que vuestras masas proletarias tomen conciencia de su madurez histórica objetiva para la conquista del Poder, para la revolución. No desesperemos. Nuestras fuerzas crecen junto con las dificultades. La necesidad práctica hará que encontremos nuevos caminos en lo que se refiere a la emancipación de las masas femeninas. Unida al Estado soviético la solidaridad fraternal llevará a cabo grandes empresas. Naturalmente, la solidaridad fraternal en el sentido comunista, y no en el sentido burgués en que la predicán los reformistas, cuyo entusiasmo revolucionario se ha

evaporado como un vinagre barato. A la par de la solidaridad fraterna debe manifestarse la iniciativa personal, que se transforma en actividad colectiva y se funde con ella. Bajo la dictadura del proletariado, la emancipación de la mujer mediante la realización del comunismo tendrá lugar también en el campo. En este sentido, cifro todas mis esperanzas en la electrificación de nuestra industria y de nuestra agricultura. ¡Esta es una obra grandiosa! Las dificultades que ofrece son grandes, gigantescas. Para remontarlas es necesario desplegar y educar las poderosas fuerzas de las masas. Millones de mujeres deben participar en esto.

Durante los diez minutos últimos llamaron dos veces a la puerta, pero Lenin continuó hablando. Al llegar aquí, abrió la puerta y dijo en voz alta:

¡Ahora voy!

Volviéndose hacia mí, añadió sonriente.

— ¿Sabe, Clara?, me aprovecharé de que he conversado con una mujer, y para justificar mi tardanza alegaré, naturalmente, la consabida locuacidad femenina. Aunque, en realidad, quien ha hablado mucho esta vez ha sido un hombre, y no una mujer. Por cierto, debo decir que usted sabe escuchar con toda seriedad. Tal vez sea eso lo que me ha hecho extenderme tanto.

Después de hacer esta ingeniosa observación, Lenin me ayudo a ponerme el abrigo:

— Debía usted abrigarse mejor —me dijo preocupado—. Moscú no es Stuttgart. Hay que mirar por usted. No se enfríe. Hasta la vista.

Me estrechó fuertemente la mano.

* * * * *

Mi siguiente conversación con Lenin sobre el movimiento femenino tuvo lugar unas dos semanas después. Lenin vino a verme. Como casi siempre, su visita fue inesperada, improvisada, hecha en un intervalo de la gigantesca labor del jefe de la revolución victoriosa. Lenin tenía el aspecto de un hombre muy cansado y preocupado. Wrangel aún no había sido definitivamente derrotado, y el problema del abastecimiento de las grandes ciudades se alzaba ante el Gobierno soviético como una esfinge inexorable.

Lenin preguntó cómo estaban las cosas en relación con las tesis. Le dije que se había reunido una comisión numerosa, en la que habían estado presentes y habían opinado todas las comunistas desta-

cadras que se encontraban en Moscú. Las tesis estaban preparadas y ahora tenían que ser examinadas en el seno de una comisión más reducida. Lenin indicó que se debía aspirar a que el III Congreso mundial estudiase la cuestión con la debida profundidad⁷. Este solo hecho bastaría para acabar con los prejuicios de muchos camaradas. En primer término debían encargarse de ello las comunistas, y además muy en serio.

— No trinar como buenas comadres, sino hablar a plena voz, como combatientes, hablar con claridad —exclamó Lenin con animado tono—. El Congreso no es un salón en el que las damas deban brillar por sus encantos, como se dice en las novelas. El Congreso es una palestra de lucha, en la que combatimos a fin de llegar a conocer la verdad, indispensable para la acción revolucionaria. Demuestren ustedes que son capaces de luchar. Naturalmente, en primer término contra los enemigos, pero también en el seno del Partido cuando haga falta. El problema afecta a las grandes masas femeninas. Nuestro Partido ruso apoyará siempre todas las proposiciones y medidas que ayuden a conquistar a estas masas. Si las mujeres no están con nosotros, los contrarrevolucionarios pueden lograr que vayan contra nosotros. Esto lo debemos tener siempre en cuenta.

— Las masas femeninas deben ser nuestras, aunque estén atadas con cadenas al cielo —dijo, recogiendo la idea de Lenin—. Aquí, en el centro de la revolución con su vida impetuosa, con su pulso acelerado e intenso, he concebido el plan de un gran acto internacional de las masas femeninas trabajadoras. El móvil impulsor de mi idea han sido sobre todo vuestras conferencias y congresos de mujeres sin partido. Deberíamos hacer intentos para convertir estos comicios nacionales en internacionales. El hecho indudable es que la guerra mundial y las consecuencias derivadas de ella han conmovido profundamente a las amplias masas femeninas de las distintas clases y capas sociales. Atraviesan un estado de efervescencia, se han puesto en movimiento. Las amargas preocupaciones para asegurar su subsistencia y dar sentido a su vida les plantean cuestiones cuya existencia apenas sospechaba la mayoría de ellas y de las que sólo una minoría había tomado plena conciencia. La sociedad burguesa no está en condiciones de darles respuesta satisfactoria. Sólo la puede dar el comunismo. Debemos hacer que las amplias masas femeninas de los países capitalistas lo comprendan, y para ello debemos convocar un Congreso internacional de mujeres sin partido.

Lenin no contestó en seguida. Se quedó pensativo, con la mira-

da dirigida, por decirlo así, hacia adentro, apretando fuertemente los labios y adelantando un poco el inferior.

— Sí —dijo después—, debemos hacerlo. Es un buen plan. Pero un plan bueno, incluso magnífico, no tiene ningún valor si no es realizado bien. ¿Ha pensado usted ya en cómo ponerlo en práctica? ¿Cómo concibe usted esto?

Expuse detalladamente a Lenin mis consideraciones a este propósito. Primero debía constituirse, en estrecho y permanente contacto con nuestras secciones nacionales, un Comité integrado por mujeres comunistas de distintos países para preparar, celebrar y utilizar el Congreso. Era preciso estudiar desde el punto de vista de la conveniencia la cuestión de si este Comité debía actuar inmediatamente con carácter oficial y público. En todo caso, la primera tarea de los miembros de Comité consistía en entrar en contacto en los distintos países con las dirigentes de las obreras organizadas en los sindicatos, con las dirigentes del movimiento político femenino proletario, con organizaciones femeninas burguesas de todo género y de todas las tendencias y, por último, con eminentes mujeres médicas, maestras, escritoras, etc., y formar una comisión nacional preparatoria sin partido. De entre los miembros de estos comités nacionales debía constituirse un Comité internacional, encargado de preparar la convocatoria del Congreso internacional y de fijar el orden del día, el lugar y la fecha de la inauguración del Congreso.

A mi juicio, el Congreso debía examinar en primer término el derecho de la mujer a trabajar en las diversas profesiones. Sería preciso tratar las cuestiones del paro forzoso, del salario igual a trabajo igual, de la promulgación de leyes estableciendo la jornada de ocho horas y la protección del trabajo de las obreras, de la organización de los sindicatos, de la protección social de la madre y del niño, de las medidas sociales para aliviar la situación de las amas de casa y de las madres, etc. Además, en el orden del día debía figurar: la situación de la mujer en el derecho familiar y matrimonial y en el derecho público, político. Después de argumentar estas propuestas, añadí que, a mi juicio, los comités nacionales de los diversos países debían preparar a fondo el Congreso mediante una campaña metódica desarrollada a través de las asambleas y de la prensa. Esta campaña era de una importancia extraordinaria. Debía despertar a las amplias masas femeninas, impulsarlas a un estudio serio de las cuestiones sometidas a examen, hacer que concentrasen su atención en el Congreso y, por lo mismo, en el comunismo y en los partidos

de la Internacional Comunista. La campaña debía, desplegarse entre las trabajadoras de todas las capas sociales. Debía asegurar que asistiesen al Congreso y colaborasen con él representantes de todas las organizaciones previstas, así como delegadas de asambleas femeninas públicas. El Congreso debía ser un “organismo representativo popular” en un sentido completamente distinto al de los parlamentos burgueses.

Era de todo punto evidente que las comunistas debían ser no sólo la fuerza motriz, sino la fuerza dirigente en la labor preparatoria, a la que se debía prestar el apoyo más enérgico por parte de nuestras secciones. Todo esto, naturalmente, se refería asimismo a la actividad del Comité internacional, a las labores del propio Congreso y a su más amplia utilización. Para todas las cuestiones del orden del día del Congreso debían ser propuestas tesis comunistas y las correspondientes resoluciones, cuidadosamente elaboradas desde el punto de vista de los principios e inteligentemente razonadas, con un enfoque científico de los hechos sociales. Estas tesis debían ser sometidas a examen previo y recibir la aprobación del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Las decisiones y consignas comunistas debían figurar en el centro de las labores del Congreso y de la atención pública. Una vez celebrado el Congreso, era necesario difundirlas por medio de la agitación y la propaganda entre las más amplias masas femeninas, a fin de que estas consignas determinasen en lo sucesivo las acciones internacionales de masas de las mujeres. Como es lógico, una condición previa imprescindible era que las comunistas interviniesen en todos los comités y en el propio Congreso como un núcleo fuerte y homogéneo y que actuasen unidas, coordinando sus esfuerzos, con claridad de principios y de una manera firmemente metódica. No debía haber intervenciones discordes.

Durante mi exposición, Lenin asintió varias veces con la cabeza e hizo breves observaciones aprobatorias.

— Me parece, Clara —dijo—, que usted ha pensado muy bien todo este asunto en el aspecto político y, en líneas generales, también en el sentido de la organización. Estoy de completo acuerdo con usted en que, en la presente situación, este Congreso podría realizar una importante labor. Encierra la posibilidad de que conquistemos a las más amplias masas femeninas, en particular a las masas de mujeres dedicadas a trabajos profesionales de toda especie: obreras industriales, trabajadoras del servicio doméstico, maes-

tras y otras empleadas. ¡Esto estaría bien, muy bien! Piense en la situación. En un momento de grandes conflictos económicos o de huelgas políticas, ¡qué fuerza reportaría al proletariado revolucionario la indignación consciente de las masas femeninas! A condición, naturalmente, de que sepamos atraerlas y retenerlas a nuestro lado. Las ventajas serían grandes, incluso colosales. Pero ¿qué piensa usted sobre otras cuestiones? Probablemente, las autoridades públicas estarán muy en contra de la convocatoria del Congreso e intentarán impedir su celebración. Sin embargo, difícilmente se atreverán a tomar medidas brutales contra él. En todo caso, esto a usted no le asusta. Pero ¿no teme usted que las comunistas, tanto en los comités como en el propio Congreso, se vean ahogadas por la superioridad numérica de las representantes de la burguesía y del reformismo y por su habilidad, indudablemente superior? Además, y ante todo, ¿está usted verdaderamente segura de la preparación marxista de nuestras camaradas comunistas y de que se puede reunir de entre ellas un grupo de choque que resista con honor el combate?

Respondí a Lenin que no era de esperar que las autoridades amenazasen al Congreso con su puño de hierro. Las burlas y los groseros ataques contra el Congreso servirían únicamente de agitación a su favor. Al número y a la habilidad de los elementos no comunistas podríamos oponer las comunistas la superioridad científica del materialismo histórico en el enfoque y la exposición de los problemas sociales y el carácter consecuente de nuestras reivindicaciones para la solución de los mismos. Por último —y esto no era lo menos importante—, podríamos oponer la victoria de la revolución proletaria en Rusia y su labor en orden a la emancipación de la mujer. El débil e insuficiente bagaje marxista de algunas camaradas podría ser equilibrado con la preparación metódica y el trabajo mancomunado. En este sentido, de quienes más espero yo es de las comunistas rusas. Deberían formar el núcleo de hierro de nuestra falange. Con ellas yo me atrevería a lanzarme tranquilamente a algo más que a los combates del Congreso. Además, incluso si saliésemos derrotadas en la votación, el hecho mismo de nuestra lucha destacaría el comunismo al primer plano y tendría una gran importancia desde el punto de vista de la propaganda, creando al mismo tiempo para nosotras nuevos puntos de apoyo para la ulterior labor. Lenin se echó a reír a carcajadas.

— Sigue teniendo usted el mismo entusiasmo por las revolucionarias rusas. Sí, sí, él viejo amor no se olvida. Yo creo que usted

tiene razón. Incluso la derrota después de una lucha tesonera sería una ventaja, sería la preparación de futuras conquistas entre las masas trabajadoras femeninas. En general, se trata de una empresa en la que vale la pena arriesgar. Nosotros no podemos en modo alguno salir perdiendo totalmente. Pero, como es natural, yo confío en la victoria, deseo la victoria de todo corazón. Nos proporcionaría una considerable vigorización de nuestra fuerza, la ampliación y el afianzamiento de nuestro frente de lucha, traería a nuestras filas animación, dinamismo y actividad. Esto siempre es útil. Además, el Congreso suscitaría en el campo de la burguesía y de sus amigos reformistas una mayor inquietud, inseguridad, contradicciones y conflictos. Cabe imaginar quiénes se reunirían junto con las “hienas de la revolución” si este asunto siguiese adelante bajo su dirección: estarían allí presentes honestas y domesticadas socialdemócratas bajo la suprema dirección de Scheidemann, Dittmann y Legien; piadosas cristianas, unas bendecidas por el Papa y otras adictas a la doctrina de Lutero; auténticas hijas de consejeros secretos; consejeras de Estado de nuevo cuño; pacifistas inglesas de buen tono, como ladies, amén de entusiastas sufragistas francesas. ¡Qué cuadro de caos y de disgregación del mundo burgués sería el que ofreciese el Congreso! ¡Qué cuadro de su falta absoluta de perspectivas! El Congreso acentuaría la disgregación, contribuyendo así a debilitar las fuerzas de la contrarrevolución. Todo debilitamiento de las fuerzas del enemigo equivale a un acrecentamiento de nuestra potencia. Yo voto a favor del Congreso. Manos a la obra. Le deseo éxito en la lucha.

Hablamos luego de la situación de Alemania, y en particular del “Congreso de unificación” de los viejos “espartaquistas”⁸ con el ala izquierda de los independientes⁹ que iba a celebrarse en breve. Después de esto Lenin salió apresurado, saludando cordialmente a varios camaradas que trabajaban en la habitación de paso.

Emprendí con alegría y esperanza la labor preparatoria. Pero la idea del Congreso tropezó con la posición de las comunistas alemanas y búlgaras, que a la sazón dirigían el movimiento femenino comunista más fuerte después del de la Rusia Soviética. Se opusieron categóricamente a la convocatoria del Congreso.

Cuando se lo comuniqué a Lenin, me respondió:

— ¡Es una lástima, una gran lástima! Estas camaradas han desaprovechado una magnífica oportunidad de abrir a las más amplias masas femeninas nuevas y mejores perspectivas y de atraerlas así a

la lucha revolucionaria del proletariado. ¡Quién sabe si volverá a presentarse tan pronto una ocasión tan propicia! Hay que forjar el hierro en caliente. Pero la tarea sigue en pie. Usted debe continuar buscando el camino para llegar a las masas femeninas, condenadas por el capitalismo a una tremenda miseria. Usted debe buscarlo a toda costa. No se puede dar de lado a esta necesidad. Sin una actividad organizada de las masas bajo la dirección de los comunistas no puede haber, victoria sobre el capitalismo. Por eso debe, al fin, ponerse también en movimiento el Aqueronte de las masas femeninas.

* * * * *

Se ha cumplido el primer año en que el proletariado revolucionario ha actuado sin Lenin. Este año ha demostrado la firmeza de su causa, ha demostrado el genio extraordinario del guía. Las salvas artilleras recuerdan el momento luctuoso en que Lenin, un año atrás, cerró para siempre sus ojos, que escrutaban el lejano porvenir y penetraban tan hondo. Contemplo las columnas interminables de hombres y mujeres en duelo del pueblo trabajador. Acuden al lugar en que descansa Lenin. El luto de estos hombres y de estas mujeres es el mío y el de millones. El dolor recrudecido despierta los recuerdos con fuerza inexorable. Ese dolor hace revivir la realidad ante la que desaparece el abrumador presente. Suena en mis oídos cada una de las palabras que pronunciara Lenin en el curso de la conversación. Veo cada cambio de la expresión de su rostro. Y debo escribir, debo hacerlo... Ante la tumba de Lenin se inclinan las banderas, teñidas en sangre de los combatientes de la revolución. Son depositadas coronas de laurel. Ninguna está de más. Y a ellas uno estas modestas hojas.

Enero de 1925.

Traducido de acuerdo con el texto del libro de Clara Zetkin Recuerdos sobre Lenin (Editorial del Estado de la Literatura Política, 1955), págs. 40-65.

Notas:

1. II Congreso de la Internacional Comunista, celebrado del 19 de julio al 7 de agosto de 1920
2. Junkers: Alumnos de las escuelas militares de la Rusia zarista que preparaban oficiales, y quienes intentaron oponer resistencia armada al pueblo insurrecto y al Poder soviético, pero fueron

derrotados.

3. Tratado de paz de Versalles: Tratado de paz imperialista, concluido después de la primera guerra mundial de 1914-1918. Su finalidad consistía en organizar el nuevo reparto del mundo capitalista en beneficio de las potencias vencedoras.

4. Se alude a la guerra de la Polonia burgués-terrateniente contra la República Soviética, que duró desde abril hasta octubre de 1920.

5. Partido Obrero Comunista de Alemania: Grupo pequeño-burgués anarcosindicalista, formado en 1919 a base de elementos “de izquierda” que se habían separado del Partido Comunista de Alemania.

6. II Internacional: Organización internacional de los partidos socialistas fundada en 1889. Al estallar la guerra imperialista mundial, los líderes de la II Internacional traicionaron la causa del socialismo y se colocaron al lado de sus gobiernos imperialistas.

7. III Congreso de la Internacional Comunista: Celebrado del 22 de junio al 12 de julio de 1921. Escuchó un informe de Clara Zetkin sobre el movimiento femenino revolucionario y adoptó importantes resoluciones.

8. Espartaquistas: Miembros de la Liga Espartaco, organización revolucionaria de socialdemócratas alemanes de izquierda, que realizó propaganda revolucionaria entre las masas contra la guerra imperialista, denunciando la política anexionista del imperialismo alemán y la traición de los líderes de la socialdemocracia; en diversas cuestiones de la teoría y la táctica tuvieron posiciones erróneas.

9. Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania: Partido centrista, fundado en abril de 1917 a base de elementos opositores del Partido Socialdemócrata Alemán.